

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**PARA PIANO
Y METRALLETA**

**Joseph
Berná**





**SERVICIO
SECRETO**



JOSEPH BERNA

PARA PIANO Y METRALLETA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.759

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84 02 02513 7

Depósito legal: B. 13.803-1984

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición en España: mayo, 1984

1.^a edición en América: noviembre, 1984

© Joseph Berna -1984

texto

© Fabá -1984

Cubierta

Concedidos derechos de autor a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o
actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650) Barcelona - 1984

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.756 - Tony García, agente de la CIA.

En Colección KANSAS:

1.325 - El gigante de Kentucky.

En Colección COLORADO:

841 - Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

693 - Un marido del Este.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

546 - A punta de látigo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.137 - Un protector para Sheila.

En Colección CALIFORNIA:

1.413 - EL rey del póquer.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.886 - Naipes, puñetazos y tiros.

CAPÍTULO PRIMERO

El cartero detuvo su velomotor frente a la casa de Arthur Johnson, famoso pianista. Una casa preciosa, con amplio y cuidado jardín, ubicada en las afueras de Los Ángeles, la famosa ciudad californiana.

El empleado de Correos, un joven espigado, de rostro simpático y un tanto pícaro, se apeó y bajó el caballete, para fijar la estabilidad del velomotor. Después caminó hacia la puerta de la casa, con la cartera de la correspondencia colgada del hombro y la gorra de funcionario ligeramente echada hacia atrás.

Antes de pulsar el timbre abrió la cartera y extrajo el sobre que debía entregar allí, en la casa de Arthur Johnson. El envío era certificado, así que tendrían que firmarle en el libro de entregas.

El cartero hizo sonar el timbre y, mientras aguardaba a que abriesen la puerta, echó una ojeada al remite del sobre. Procedía del extranjero. De la República Democrática Alemana, concretamente, y lo había enviado un tal Klaus Bodendorf.

Lo que el funcionario de Correos no sabía, era que dos hombres lo estaban observando. Se encontraban en un coche, un sedán negro, detenido a una cierta distancia de la casa del famoso pianista. Ambos eran altos y fornidos, de facciones enérgicas, y vestían traje oscuro.

Uno de los tipos, el que se sentaba junto al conductor, y tomó unos prismáticos, para ver mejor al cartero y observar el sobre que éste había extraído de su cartera.

—Es el envío que Arthur Johnson estaba esperando —murmuró.

—¿Estás seguro, Clift? —preguntó su compañero.

—Sí, Heflin.

—Bien, esperemos que no ocurra nada.

—Para eso estamos nosotros aquí, para evitar que ocurra algo.

—Tienes razón —sonrió el llamado Heflin.

—Toma, echa una mirada con los prismáticos.

Heflin lo hizo.

Clift, por su parte, escrutó los alrededores, comprobando que todo estaba tranquilo.

Justo en el momento en que el cartero dejaba de mirar el remite del sobre, la puerta de la casa se abría y la doncella de Arthur Johnson, una morenita de rostro agraciado y formas muy estimables, se dejaba ver.

El empleado de Correos la observó con bastante descaro.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Ángela —respondió la doncella, sin inmutarse.

—Yo me llamo Teddy.

—Mucho gusto.

—¿Quieres que salgamos juntos este sábado, Ángela?

—No creo que a mi novio le gustara.

El cartero se llevó una desilusión.

—Vaya, tienes novio —murmuró.

—Desde hace seis meses.

—Era de esperar, con esa cara tan bonita y esas piernas tan preciosas.

—Muchas gracias.

—En fin, olvida mi proposición —suspiró el joven, y le entregó el sobre—. Es para el señor.

—Muy bien.

—Tienes que firmarme.

—¿Quieres un autógrafo...?

El funcionario de Correos se echó a reír.

—No, mujer. La carta es certificada y tienes que firmar en el libro de entrega.

—¡Oh! entiendo —rió también la doncella. Y estampó su firma en el lugar que le indicaba el cartero, con el bolígrafo que éste le prestó.

—Gracias.

—¿No quieres nada más, Teddy?

—Un beso, con permiso de tu novio.

—No seas descarado.

—Sabía que me lo ibas a negar. Adiós, Ángela.

—Teddy...

—¿Qué?

La doncella dio un paso y le besó en los labios con suavidad.

—¿Satisfecho, Teddy...? —preguntó, con una sonrisa.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque eres un tipo simpático.

—Tú también eres una chica muy simpática, Ángela.

—Gracias.

—A ti, por el beso. Y si por casualidad rompieras con tu novio, házmelo saber.

—Descuida.

El cartero se despidió con el gesto y caminó hacia su velomotor.

Ángela esperó a que subiera en él y lo pusiera en marcha. Entonces, levantó la mano y le dedicó una sonrisa de despedida, que le fue devuelta por Teddy antes de alejarse.

La doncella cerró la puerta y atravesó el vestíbulo, dirigiéndose al salón, con la carta en la mano. Sabía que Arthur Johnson se encontraba allí, pues oía sonar el piano.

El pianista se estaba preparando para su próximo concierto y ensayaba varias horas diarias. Era un hombre de estatura corriente, más bien delgado, con el pelo gris, bastante crecido y deliberadamente desordenado. Había cumplido recientemente los cuarenta y cinco años de edad.

Ángela entró en el salón, pero no pronunció palabra alguna, para no interrumpir el ensayo del pianista. Con paso igualmente silencioso se acercó al magnífico piano de cola y dejó sobre él la carta certificada procedente de Europa.

Arthur Johnson miró a su doncella un instante, sin dejar de tocar.

Ella le sonrió suavemente y se alejó, ahogando las pisadas.

El pianista clavó su mirada en el sobre que Ángela acababa de dejar sobre el piano y le brillaron los ojos agudamente, pues adivinó que se trataba del envío que estaba esperando.

El corazón le latió con más fuerza y un ligero temblor se apoderó de sus manos, que ya no pudieron seguir pulsando las teclas con la seguridad que le caracterizaba.

Arthur Johnson interrumpió el ensayo y cogió el sobre, casi con temor. Después de comprobar que, efectivamente, se trataba del envío que esperaba, lo abrió nerviosamente y extrajo la partitura de

piano que contenía.

Había viajado doblada, pero el artista la desdobló y leyó el título de la obra. Se llamaba *El cisne negro* y había sido compuesta por el propio Klaus Bodendorf, prestigioso músico alemán, que tenía su residencia en Berlín oriental.

Arthur Johnson y Klaus Bodendorf se habían conocido varios años atrás y les unía una buena amistad. En sus conciertos, Arthur Johnson solía interpretar varias de las obras compuestas por el músico germano, pues todas ellas eran de una gran calidad y gustaban muchísimo al público.

Aquélla, *El cisne negro*, era la última obra creada por Klaus Bodendorf y todavía no había sido estrenada. El compositor alemán quería que su buen amigo Arthur Johnson fuese el primero en interpretarla al piano.

Amistad aparte, el músico germano consideraba a Arthur Johnson uno de los mejores pianistas del mundo, así que nada de extraño tenía que hubiera decidido confiarle el estreno de aquella composición, una de sus más logradas.

Así, al menos, lo había asegurado Klaus Bodendorf en su última conversación telefónica mantenida con el pianista norteamericano, unos días atrás.

Arthur Johnson colocó adecuadamente la partitura y se preparó para interpretarla. Tenía que controlar sus nervios y los temblores de sus manos. Para ello, inspiró profundamente un par de veces, soltando el aire muy despacio. Esto le relajó bastante y pudo atacar la obra.

El cisne negro era, efectivamente, una de las mejores partituras de Klaus Bodendorf. Una realmente maravillosa, que entusiasmaría al público cuando Arthur Johnson la interpretase en su concierto, dentro de unos días.

La emoción hizo presa del pianista y éste no pudo evitar que se le humedecieran ligeramente los ojos. Y es que lamentaba más que nunca que Klaus Bodendorf no pudiera estar presente el día del estreno de su obra más completa.

Las autoridades no le permitían salir del país. El compositor lo sabía y ni siquiera había solicitado el permiso para poder viajar a los Estados Unidos, consciente de que se lo negarían, como en las ocasiones anteriores.

Klaus Bodendorf no podía abandonar la Alemania Democrática, así que sólo podía ver a Arthur Johnson cuando éste viajaba a Europa para dar algunos conciertos e iba a visitarle, lo cual agradecía profundamente el músico germano.

Desgraciadamente, esto sucedía muy de tarde en tarde, porque el pianista norteamericano no iba todos los meses de gira por Europa, lógicamente.

La emoción de Arthur Johnson iba en aumento de compás en compás, y cuando acabó de interpretar lo que Klaus Bodendorf había plasmado en las hojas de papel pautado, las lágrimas se deslizaban ya por sus mejillas.

El piano había enmudecido, pero tras ecos de los acordes seguían resonando en el salón, como prolongando la interpretación de *El cisne negro*, la obra cumbre del compositor germano, la que mejor expresaba sus sentimientos, su forma de ser y de pensar.

Era una auténtica joya musical.

Una obra no sólo para piano, sino para piano y orquesta.

Lamentablemente, ciertas personas se iban a encargar de que *El cisne negro*, en vez de una obra para piano y orquesta, fuese para piano y metralla.

Y dichas personas estaban a punto de entrar en acción.

CAPÍTULO II

Steve Kerriman abrió el frigorífico y tomó una lata de cerveza. Antes de cerrar la puerta, llamó:

—¡Eh, Will!

—¿Qué pasa? —Sonó la voz de su compañero, que se encontraba en el *living*— ¿Quieres una cerveza?

—No, gracias.

Kerriman cerró el frigorífico, abrió la lata de cerveza, y se la llevó a los labios. Bebió sin prisas y después regresó al *living* con paso tranquilo.

Will Strode estaba sentado en el sofá, en mangas de camisa, lo que le permitía exhibir su funda axilar y la pistola automática que descansaba en ella, una *Parabellum* digna del mayor de los respetos. Fumaba un cigarrillo y tenía los ojos fijos en el pequeño transmisor que descansaba sobre la mesa.

Steve Kerriman tenía treinta años, el pelo negro y rizado, la nariz recta y el mentón firme. Era de elevada estatura y complexión fuerte, como su compañero, que tenía tres años más que él. Al igual que Strode, no llevaba chaqueta y podía verse la Luger que reposaba en su funda sobaquera.

Kerriman se sentó en un sillón, a la derecha de Strode, y montó una pierna sobre la otra.

—¿De verdad no te apetece una cerveza fría, Will?

—No, no tengo sed.

—Yo sí —dijo Kerriman, e ingirió otro trago de cerveza.

Strode le dio una chupada al cigarrillo, sin apartar la mirada del pequeño transmisor.

—No está mal esta casa, ¿eh, Will? —comentó Kerriman.

—Lo mejor que tiene, es que está cerca de la casa de Arthur Johnson —respondió Strode.

—Dejando eso a un lado, me gusta esta casita y el lugar en

donde se halla ubicada, tranquilo, sin ruidos. Se respira una gran paz aquí, muchacho.

—Puede que no dure mucho, Steve.

—¿Por qué lo dices?

—De sobra lo sabes.

Kerriman sonrió.

—Tal vez no ocurra nada, Will.

—Me parecería un milagro.

—Vamos, no seas pesimista.

—Y tú tan optimista.

—Heflin y Clift no han llamado, así que todo va bien.

—¿Tú crees?

—Nos hubieran avisado, de haber detectado algo sospechoso.

—¿Quieres que le llame yo, Steve?

—Si te vas a sentir más tranquilo así, hazlo.

—Sí, no aguanto más —confesó Strode, y tomó el transmisor.

Hizo la llamada.

La respuesta fue inmediata:

—Clift al habla.

—¿Cómo va eso, muchachos?

—¿Strode o Kerriman? —preguntó Cliff.

—Soy Strode.

—Todo está tranquilo, Strode.

—¿Ha llegado el cartero?

—Sí, hace unos minutos.

—¿Y traía él...?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Utilicé los prismáticos. Y Heflin también. Era el envío que Arthur Johnson estaba esperando.

Strode cambió una mirada con Kerriman, quien sonrió ligeramente y levantó la lata de cerveza.

—Eso hay que celebrarlo —dijo, y tomó un nuevo trago de cerveza.

Strode se desentendió de él y preguntó:

—¿Se ha marchado ya el cartero, Clift?

—Sí.

—Y dices que todo está tranquilo, ¿eh?

—Como una balsa de aceite.

—Bien. Pero no os fiéis, muchachos. Cuando menos se espera, salta la liebre.

—No temas, Strode. Mantendremos los ojos bien abiertos —prometió Clift.

—Si hay alguna novedad, avisadnos enseguida.

—Descuida.

Strode cortó la comunicación y dejó el transmisor sobre la pequeña mesa del *living*.

—¿Te sientes mejor, Will? —preguntó Kerriman.

—Sí, un poco mejor —respondió Strode—. Pero sigo con la mosca detrás de la oreja, ¿sabes?

—Será cuestión de empuñar el matamoscas, pues. Y en cuanto se pare...

Strode emitió una risita.

—Siempre las tienes a punto, ¿eh, bribón?

—Me gusta bromear, ya lo sabes.

—Espero que todos podamos reír cuando esto acabe —deseó Strode.

—Yo también —declaró Kerriman, y apuró su cerveza.

Clift y Heflin seguían vigilando atentamente la casa de Arthur Johnson, cuando, de pronto, apareció una chica montada en bicicleta. Era rubia, aparentaba unos veintitantos años de edad, y estaba sensacional de todo.

Saltaba a la vista, pues la chica lucía unos brevísimos *shorts* amarillos y una camiseta blanca, tan delgada, que se le vislumbraban sus rotundos senos con todo detalle.

—¡Mire eso, Heflin! —exclamó Clift.

—¡Qué monumento de chica! —Ponderó su compañero.

—Está como quiere.

—Y qué fresquita va.

La escultural rubia, que pedaleaba sin prisas, venía hacia el sedán negro que ocupaban Clift y Strode. De repente, la bicicleta realizó un movimiento extraño y se venció, derribando aparatosamente a su guapa dueña.

La chica dio un grito y se agarró la rodilla derecha, como si se la hubiera lastimado.

—¡Se ha caído! —Deploró Heflin.

—Y parece que se ha hecho daño —observó Clift.

—Acudamos en su ayuda.

—Sí, vamos.

Salieron los dos del coche y corrieron hacia la llamativa rubia, que yacía a unos diez metros del sedán. La chica no soltaba su rodilla y lanzaba un gemido tras otro.

—Déjame ver esa rodilla, preciosa —pidió Clift.

—¡Me duele mucho!

—Te diste un golpe en ella al caer, ¿eh?

—Sí.

—No será nada, tranquilízate. Unos masajes y te sentirás como nueva.

—¿Usted cree...?

—Te lo demostraré.

Clift empezó a masajear la rodilla de la rubia.

Y parte del muslo, también.

Heflin, deseoso de colaborar, carraspeó y preguntó:

—¿No te duele nada más, guapa?

—Sí, la cadera —respondió la chica—. Pero menos que la rodilla, porque el golpe no fue tan fuerte.

—De tu cadera me ocupo yo.

—Gracias, son ustedes muy amables —sonrió la rubia, y se subió la descarada camiseta, para que Heflin pudiera atenderle la cadera.

Heflin se la masajeó, pero no tardó en ampliar deliberadamente la zona, sin que la chica protestara.

—¿Cómo te llamas, preciosidad? —preguntó Clift.

—Mónika.

—¿Te duele menos la rodilla, Mónika?

—Oh, sí, mucho menos.

—¿Y la cadera...? —inquirió Heflin.

—Ya casi no me duele.

—Cuánto me alegro.

—Les estoy muy agradecida a los dos.

—Ha sido un placer ayudarte, Mónika —dijo Clift.

—¿Me dejan que les dé un beso, por haber sido tan atentos conmigo?

—Naturalmente —aceptó Heflin.

La rubia besó primero a Clift y luego a Heflin. En los labios, por supuesto.

Después, rogó:

—¿Me ayudan a ponerme en pie?

—Con mucho gusto —respondió Clift. Y entre él y Heflin la alzaron del suelo.

Heflin, además, se ocupó de levantar la bicicleta de la chica.

Mónika montó en ella y Clift y Heflin pudieron comprobar que faltaba sillín, porque su trasero era demasiado formidable.

—Adiós, amigos. Y gracias de nuevo.

—Ten cuidado, no vayas a caerte otra vez —recomendó Clift.

—Lo tendré, no se preocupen —prometió la rubia, y se alejó.

Clift y Heflin la siguieron con los ojos, sin sospechar que tres hombres se habían aproximado sigilosamente, metralleta en mano, mientras ellos atendían a la exuberante Mónika.

Y como los tipos estaban ya muy cerca, hicieron funcionar sus metralletas y una auténtica lluvia de plomo cayó sobre los descuidados Heflin y Clift.

CAPÍTULO III

Clift y Heflin no tuvieron tiempo de echar mano de sus armas y defenderse con ellas del sorpresivo, pero bien estudiado y planeado, ataque de los tipos de las metralletas.

Las balas los obligaron a contorsionarse como muñecos, entre horrendos gritos de muerte, antes de derrumbarse y quedar desmadrados en el suelo, literalmente destrozados por la lluvia de proyectiles, despidiendo sangre por todas partes.

Los dos tenían los ojos abiertos, pero ya no podían ver, porque se habían convertido en cadáveres. No podrían, por tanto, informar a Steve Kerriman y Will Strode de que el peligro se cernía sobre la casa de Arthur Johnson.

Los tres hombres que habían disparado sobre ellos se acercaron y los rodearon, con las metralletas prestas.

—Están muertos, Hans.

—Desde luego, Otto.

—Y bien muertos, además —comentó Ralf, el tercer individuo.

—Metedlos en el coche, rápido —indicó Hans, que era el jefe del grupo.

Otto y Ralf se apresuraron a obedecer.

Mónika, la rubia explosiva, había dado la vuelta con su bicicleta y ya se acercaba a los tipos que acababan de liquidar a Clift y Heflin, porque formaba parte del grupo.

Hans la miró y sonrió.

—Lo hiciste muy bien, Mónika.

—Como siempre —respondió ella, parando la bicicleta.

—Eliminados estos dos, el resto será coser y cantar. Eran los únicos que vigilaban la casa del pianista.

—¿Habrán oído los disparos desde la casa, Hans? —preguntó la rubia, mirando hacia ella.

—No lo creo. Hay una cierta distancia y nuestras metralletas no

son excesivamente ruidosas —recordó Hans—. Ventajas de las armas modernas.

—De todos modos, conviene que actuemos con rapidez.

—Desde luego.

Otto y Ralf habían metido ya los cuerpos sin vida de Clift y Heflin en el sedán negro, por lo que Hans indicó:

—Ve por nuestro coche y llévalo a casa, Mónica. Nosotros habremos entrado ya en ella cuando tú llegues. Espera al volante y mantén el motor en marcha. En cuanto salgamos de ahí, nos largaremos a toda prisa.

—Entendido —respondió la rubia, y se alejó con la bicicleta.

—¡Vamos, muchachos!

Hans corrió hacia la casa de Arthur Johnson, seguido de Otto y Ralf.

Ángela, la simpática doncella de Arthur Johnson, estaba limpiando los muebles y objetos del vestíbulo. Pasaba el plumero con ligereza y hasta con alegría, porque esta tarea resultaba muy de su agrado y no la molestaba en absoluto tener que realizarla.

Estaba pensando, además, en Teddy, el agradable cartero, a quien ella no fue capaz de negarle el beso que él le pidiera con una buena dosis de atrevimiento, pero también con innegable simpatía, lo que hizo que se ganara un beso.

Entre otras cosas, porque no era cierto que Ángela tuviera novio. Lo dijo para que el cartero no insistiera en lo de salir juntos el sábado y empezara a mostrarse audaz.

De pronto sonó el timbre de la puerta.

La doncella interrumpió su tarea y acudió a abrir, con el plumero en la mano. En cuanto tiró de la puerta, se vio empujada por una zarpa grande y velluda, que le hizo perder el equilibrio.

Ángela cayó al suelo, dando un grito, y Hans, Otto y Ralf irrumpieron en la casa, amenazando a la doncella con sus metralletas.

—¡Silencio! —ordenó Hans.

Ángela se quedó muda, pero no porque el jefe del grupo se lo hubiera ordenado, sino de terror, pues jamás le habían apuntado con una metralleta de verdad.

¡Y ahora le estaban apuntando con tres!

El terror, además de muda, la había dejado paralizada y yacía en

el brillante suelo del vestíbulo tal como cayera, es decir, con las faldas levantadas hasta casi la cintura.

Hans, Otto y Ralf clavaron sus duros ojos en las bonitas piernas de la doncella y en el reducido pantaloner rojo que protegía su intimidad.

—Es una pena que tengamos prisa, ¿verdad, Hans? —ironizó Otto, esbozando una sonrisa cínica.

—Sí, la morenita tiene cosas muy interesantes, pero no podemos entretenemos con ella —respondió el jefe del grupo.

—Qué lástima —deploró Ralf.

—¿Dónde está Arthur Johnson, monada? —preguntó Hans.

Ángela no contestó.

—¡Responde o te lleno el cuerpo de agujeros!

—¡Está en el salón! —informó la doncella, pálida como una difunta y temblorosa como un flan.

—¿Le entregaste el sobre?

—¿Qué sobre?

—El que trajo el cartero hace un rato.

—Sí, se lo entregué.

—Bien. Vigílala, Ralf. Otto y yo nos encargaremos del pianista.

—De acuerdo, Hans.

—Y no te distraigas con sus encantos, ¿eh?

—Descuida —sonrió Ralf.

Hans y Otto corrieron hacia el salón.

Ángela, consciente de que estaba enseñando demasiado y temerosa de que el llamado Ralf cometiera algún abuso con ella, hizo ademán de bajarse la corta falda de su uniforme de doncella, pero la voz del tipo sonó enseguida:

—¡Quieta!

Ángela no tuvo más remedio que obedecer.

Ralf le enseñó los dientes.

—Querías ocultar tus tentadores muslos, ¿eh? Pues no lo hagas, porque quiero seguir contemplándolos.

—Está bien, pero no me haga daño —suplicó la doncella.

—No pienso hacerte daño, sino cosquillas.

—¿Qué?

Ralf se agachó y recogió el plumero de quitar el polvo, perdido por Ángela en su caída.

—Con esto, nena —sonrió, y empezó a pasarlo por los muslos femeninos, muy suavemente.

Ángela tuvo un claro estremecimiento, porque aquello...

Ralf adivinó lo que la doncella sentía y empezó a reír.

—Te gusta, ¿eh?

—Por favor, déjeme —murmuró Ángela.

—¿Prefieres que te viole?

—¡No!

—Entonces, cierra el pico y goza con el placer que te estoy causando.

Ángela apretó los labios.

—Sólo siento cosquillas.

—¿Seguro...?

—Sí.

—Pues no se te ocurra rascarte, porque te arrearé con el cañón de la metralleta y te romperé el brazo.

Ángela, que le creía muy capaz de eso y de más, guardó silencio y se dispuso a soportar lo mejor posible aquella especie de tortura china que suponía el lento y suave paseo del plumero por sus desnudos muslos.

Hans y Otto habían alcanzado ya el salón.

Arthur Johnson no los había visto entrar, porque prácticamente les daba la espalda. Seguía sentado en la banqueta del piano, mirando con emoción la partitura enviada por Klaus Bodendorf, y que pensaba interpretar de nuevo dentro de algunos minutos.

—Perdone la intromisión, señor Johnson —saludó Hans.

El pianista respingó y se volvió en el acto, descubriendo a los dos hombres. El hecho de que fueran armados con modernas metralletas, y que le estuvieran apuntando con ellas, le hizo palidecer.

Hans se le acercó, quedando Otto junto a la entrada del salón.

—¿Estaba practicando, señor Johnson?

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me amenazan así? —preguntó Arthur.

—No tema, señor Johnson. No pensamos causarle ningún daño. Lo único que nos interesa, es la partitura de *El Cisne Negro*, la última obra compuesta por Klaus Bodendorf, que usted acaba de

recibir.

El pianista abrió la boca.

—¿Cómo saben que...?

—Estamos bien informados, ya lo ve —sonrió Hans, y se apoderó de la partitura.

Arthur intentó arrebatársela.

—¡Deje eso!

Hans le propinó un empujón y lo tiró de la banqueta.

—No se ponga nervioso, señor Johnson. Le puede traer problemas —advirtió.

—¿Para qué quieren la partitura de *El Cisne Negro*? —preguntó el pianista.

—Me consta que usted lo sabe.

—Yo qué voy a saber.

—¿No le dijo nada Klaus Bodendorf?

—¿Sobre qué?

—Sobre esta partitura.

—Me dijo que era su última composición. Y que quería que la estrenase yo, en mi próximo concierto.

—¿Nada más?

—Nada más.

Hans movió la cabeza.

—No le creo, señor Johnson. Esta partitura encierra una clave. Una clave secreta que usted debía descifrar, para luego informar a algún alto jefe del Servicio Secreto norteamericano.

El pianista dilató los ojos al máximo.

—¿Del Servicio Secreto norteamericano, dice...?

—Sí.

—¡Está usted loco!

Hans dobló la partitura, la metió en el sobre, y ordenó:

—Póngase en pie, señor Johnson.

El pianista obedeció.

—Camine, señor Johnson.

—¿Me van a llevar con ustedes...?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para que nos ayude a descifrar esa clave secreta.

—¡Les repito que yo no sé nada de eso!

—Y yo le repito que no le creo. Vamos, muévase —rezongó Hans, empujándole.

Arthur Johnson no tuvo más remedio que obedecer.

Hans y Otto lo sacaron del salón y lo llevaron al vestíbulo, en donde Ralf seguía sometiendo a Ángela a la refinada tortura del plumero.

Se quedaron los tres parados, a causa de la sorpresa, y Hans preguntó:

—¿Qué diablos haces...?

—Le estoy quitando el polvo a la doncella —respondió Ralf, con irónica sonrisa.

—¡Deja de hacer el estúpido y dile que se ponga en pie! La llevaremos también con nosotros.

—¡Estupendo! —se alegró Ralf, y obligó a la doncella a levantarse. Salieron todos de la casa.

Mónika aguardaba en el interior de un Chevrolet gris, con el motor en marcha.

—¡Vamos, deprisa! —apremió la rubia.

Arthur Johnson y su doncella fueron introducidos en el coche. Hans, Otto y Ralf subieron también, y el Chevrolet salió disparado.

CAPÍTULO IV

Will Strobe paseaba por el *living* con un cigarrillo entre los labios, recién encendido. Steve Kerriman, sentado en el sillón, vio que su compañero se llevaba la mano a la oreja, con cierta brusquedad, y no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Sigues con la mosca detrás de la oreja, Will?

—Sí, no puedo evitarlo —rezongó Strobe.

—Así no la cazarás.

—¿Cómo?

—Que dándote manotazos en la oreja no la cazarás, muchacho. Recurre al matamoscas.

Strobe emitió un gruñido.

—Déjate de bromas, Steve. El asunto es muy serio.

—Ya sé que el asunto es serio, Will, pero hasta ahora todo está saliendo bien.

—¿Estás seguro de eso?

—Si no fuera así, Clift y Heflin hubieran llamado.

—¿Por qué no vamos a reemplazarles? —sugirió Strobe.

Kerriman consultó su reloj.

—No es la hora, Will.

—Lo sé, pero a Clift y Heflin no les importará que nos hagamos cargo de la vigilancia de la casa de Arthur Johnson. Y yo prefiero estar allí, Steve.

—Sólo así podrás librarte de la mosca, ¿eh?

—Sí.

—Está bien, los reemplazaremos.

Strobe sonrió.

—Les diré a Clift y Heflin que vamos para allá —indicó acercándose a la mesa.

Mientras su compañero tomaba el pequeño transmisor y hacia la llamada, Kerriman se levantó del sillón, atrapó su chaqueta, y se la

enfundó.

—¡Steve! —gritó Strode.

Kerriman respingó y lo miró.

—¿Qué pasa...?

—No contestan.

Kerriman sintió un escalofrío.

—Repíte la llamada, Will. Tienen que responder.

Strode insistió nerviosamente, pero Clift y Heflin no se dejaron oír.

—Es inútil, Steve. ¡Algo ha ocurrido!

—¡Maldita sea! Coge tu chaqueta, rápido —indicó Kerriman, lanzándose hacia la salida del *living*.

Strode atrapó la chaqueta y se la colocó mientras corría en pos de su compañero, que ya había salido de la casa. Kerriman se introdujo rápidamente en el Chrysler oscuro que aguardaba frente a ella y puso el motor en marcha.

—¡Deprisa, Will!

Strode se metió velozmente en el coche y éste arrancó aun antes de que hubiera cerrado la portezuela.

Kerriman pisó el acelerador a fondo y el Chrysler pareció volar.

Por fortuna, Steve Kerriman era un excelente conductor y Will Strode sabía que el riesgo de accidente era mínimo.

—Te dije que la paz no iba a durar, Steve —recordó Strode—. Hubiera sido demasiado bonito.

—Quizá lleguemos a tiempo, Will. La distancia es muy corta —repuso Kerriman.

—¡Ojalá!

Kerriman siguió conduciendo con auténtica pericia, por lo que tardaron muy poco en llegar al lugar en donde permanecía detenido el sedán negro.

Strode fue el primero en saltar al suelo, después de extraer su *Parabellum*. Kerriman empuñó su Luger y salió también del Chrysler, corriendo al igual que su compañero hacia el sedán.

En su interior, hallaron los cuerpos sin vida de Clift y Heflin.

—¡Oh, Dios! —exclamó Kerriman, estremecido.

—¡Los han acribillado, Steve! —rugió Strode.

Kerriman apartó la mirada de los ensangrentados cadáveres de Clift y Heflin, y la posó en la casa de Arthur Johnson, descubriendo

que frente a ella había un coche parado. Era un Chevrolet gris.

Que se puso enseguida en movimiento.

Por la forma en que el vehículo arrancó, Kerriman adivinó que en él iban los asesinos de Clift y Heflin, y que huían después de haber cumplido su misión en la casa de Arthur Johnson.

—¡Al coche, rápido! —gritó, arrancando literalmente a Strobe del sedán—. ¡Esos criminales huyen!

Corrieron los dos hacia el Chrysler, se metieron en él, y Kerriman lo puso en funcionamiento, después de enfundar su Luger con un veloz movimiento.

Strobe no guardó su *Parabellum*, sino que se dispuso a utilizarla en cuanto el Chevrolet gris estuviese a tiro.

Kerriman hizo que el Chrysler volara de nuevo, porque era la única manera de aproximarse al automóvil de los asesinos, y éste se puso a tiro.

—¡Dispara, Will!

Strobe sacó el brazo derecho y la cabeza por la ventanilla, y abrió fuego contra las ruedas del Chevrolet.

Mónika, que ya había descubierto por el espejo retrovisor que eran perseguidos por un Chrysler oscuro, gritó:

—¡Nos disparan, Hans!

El jefe del grupo escupió una maldición.

—¡Sigue atenta a la conducción, Mónika! Nosotros nos ocuparemos de esos bastardos.

—De acuerdo.

—¡Metralletas fuera, muchachos! —ordenó Hans, predicando con el ejemplo.

Otto y Ralf se apresuraron a imitarle.

Arthur Johnson no podía ver nada, porque le habían colocado un negro capuchón en la cabeza, lo mismo que a Ángela. Les habían aferrado, también, sendas esposas, por lo que se hallaban materialmente indefensos.

Otto y Ralf los flanqueaban, mientras que Hans iba en el asiento delantero, junto a Mónika. La rubia, experta conductora, llevaba el coche de un lado a otro de la carretera, para evitar que los disparos de sus perseguidores diesen en el blanco.

Kerriman, al ver que sus metralletas asomaban por las ventanillas del Chevrolet, se encogió cuanto pudo y gritó:

—¡Cuidado, Will! ¡Ocúltate!

Strode, en vez de protegerse, apuntó a uno de los asesinos y accionó nuevamente su *Parabellum*.

Justo en ese momento, las metralletas empezaban a vomitar plomo.

El morro del Chrysler recibió un buen número de impactos, así como su parabrisas. Lo peor, sin embargo, fue que también el cuerpo de Will Strode resultó alcanzado por las ráfagas de metralleta, lo que le hizo brincar en el asiento.

—¡Will...! —chilló Kerriman, agarrando a su compañero y tirando bruscamente de él. Pero ya era tarde.

Strode había muerto en el acto.

Kerriman no pudo seguir controlando el Chrysler, por hallarse prácticamente agazapado en el asiento, sin poder asomar la cabeza, y el vehículo se salió de la carretera, yendo a estrellarse contra un árbol.

Hans, Otto y Ralf lanzaron sendos gritos de júbilo.

—¡Nos hemos librado de ellos!

—¡No sabían a quiénes perseguían!

—¡Con nosotros no hay quien pueda!

Mónika sonrió y dijo:

—El jefe se pondrá muy contento cuando se lo contemos.

CAPÍTULO V

El choque del Chrysler contra el árbol fue bastante violento, pero Steve Kerriman tuvo suerte y sólo se dio un golpe, no excesivamente duro, en las costillas.

El coche, en cambio, quedó inutilizado.

Tendría que dejarlo allí, lo mismo que a Will Strode, la tercera víctima de los tipos de las metralletas. Kerriman miró a su compañero, con pena, y murmuró:

—Te vengaré, Will. Lo juro. Esos canallas pagarán tu muerte, la de Clift y la de Heflin. Aunque sea lo último que haga en este mundo. Daré con ellos y los exterminaré.

Kerriman salió del Chrysler. Le costó un poco abrir la puerta, porque se había atascado a causa del choque contra el árbol, pero pudo vencer su resistencia.

Con la mano izquierda en las costillas, regresó a la carretera.

El tráfico, en ella, era prácticamente nulo, por lo que Kerriman pensó que tendría que ir caminando hasta el sedán de Clift y Heflin. Necesitaba un coche.

Afortunadamente, sólo había dado unos pasos cuando apareció un descapotable rojo, conducido por una mujer morena, que se protegía los ojos con unas modernas gafas de sol.

La chica debió ver el Chrysler empotrado contra el tronco del árbol, ya que detuvo su vehículo antes de que Kerriman le pidiera con el gesto que lo hiciera.

—Se dio un buen tortazo, ¿eh? —dijo, subiéndose las gafas y mostrando sus hermosos ojos verdes.

—Eso parece —respondió Kerriman.

—¿Hace poco que obtuvo su permiso de conducir?

—No, hace mucho.

—Por recomendación, seguro.

Kerriman la apuntó con el dedo, molesto.

—Oiga, soy un buen conductor.

—Pues lo disimula muy bien.

—No me salí de la carretera por negligencia, sino porque me obligaron a ello.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Qué pasó?

—Se lo contaré por el camino.

—¿Adónde quiere que le lleve?

—A la casa de Arthur Johnson. Está cerca de aquí.

—¡Qué casualidad! —exclamó la chica.

—¿Qué es casualidad? —preguntó Kerriman.

—Yo también me dirijo allí.

—¿A la casa del pianista...?

—Sí.

—¿Conoce a Arthur Johnson?

—No, pero soy periodista y quiero hacerle una entrevista. Trabajo para *Los Ángeles Express*.

—Ya.

—Me llamo Vanessa Dalton. ¿Y usted...?

—Steve Kerriman.

—Suba, Steve.

Kerriman abrió la portezuela y se acomodó al lado de la periodista.

Como al sentarse compuso una mueca de dolor, la chica preguntó:

—¿Está usted herido, Steve?

—No.

—¿Seguro?

—Sólo me duelen un poco las costillas. Me di un golpe contra el volante.

—Lo siento.

—Vamos, ponga el coche en marcha.

—¿Tiene prisa?

—Sí.

—Muy bien.

La periodista se bajó nuevamente las modernas gafas de sol e hizo que el descapotable arrancara, ganando rápidamente

velocidad.

Kerriman le calculó unos veinticuatro años y tuvo que reconocer que la chica no estaba nada mal, pues poseía un rostro atractivo y una figura espléndida.

Vanessa Dalton vestía falda blanca, abierta por delante, y blusa amarilla, tan liviana, que se le transparentaba el breve sujetador. Un cinturón rojo oprimía su delgada cintura. Los zapatos, descubiertos y de fino tacón, eran blancos y rojos.

La abertura de la falda obligaba a la periodista a exhibir una parte importante de sus muslos, suaves y armoniosos, bronceados por el sol, lo que los hacía aún más excitantes.

Kerriman, naturalmente, posó su mirada allí, pero fue sorprendido por la atractiva morena.

—Le gustan mis piernas, ¿eh?

Kerriman levantó la mirada y sonrió ligeramente.

—Son preciosas.

—Gracias, pero no le he subido en mi coche para que se fije en mis piernas, sino para que me cuente lo que le pasó. Prometió que lo haría por el camino.

—Es cierto.

—¿Quién le obligó a salirse de la carretera y estrellarse contra un árbol?

—Los tipos a los que perseguía.

—¿Qué perseguía usted a unos tipos...?

—Sí.

—¿Por qué?

—Habían hecho algo malo y quería atraparlos, pero no pudo ser.

Me dispararon y...

La periodista respingó.

—¿Qué le dispararon, dice...?

—Sí.

—¿Eran delincuentes?

—Peor que eso.

—¿Y qué es usted, Steve? ¿Policía...?

—Más o menos.

—¿Qué quiere decir?

—Hace usted muchas preguntas, Vanessa.

—Por algo soy periodista, ¿no?

—Sí, pero a mí no me está haciendo una entrevista.

—Sólo quiero saber lo que le ha ocurrido, Steve. Y por qué le ha ocurrido, también.

—Ya se lo he contado.

—¿Por qué quiere que le lleve a la casa de Arthur Johnson?

—Porque es allí donde los tipos que yo perseguía cometieron su fechoría.

—¿Qué hicieron?

—La verdad es que no lo sé, porque no me dio tiempo a entrar en la casa. Cuando yo llegué, los tipos salían ya disparados en su coche, un Chevrolet gris, y me lancé en su persecución.

—¡Yo me crucé con ellos! —exclamó la periodista.

—¿Cómo?

—Que yo me crucé con los tipos del Chevrolet gris. ¡Y lo conducía una mujer!

—¿Una mujer...?

—¡Sí, con el pelo rubio, muy llamativa!

—Iban tres hombres con ella, por lo menos. ¿Los vio usted, Vanessa?

—Sólo al que iba sentado junto a la rubia. A los del asiento trasero, no pude verlos. El Chevrolet llevaba mucha prisa y se cruzó como un rayo.

—Entiendo.

—¿Qué cree que pasó en la casa de Arthur Johnson, Steve?

—Pudo pasar de todo.

La periodista perdió un poco de color.

—No me asuste, Steve.

—Lo siento, pero es lo que pienso. Esa gente es de lo peorcito y temo incluso por la vida de Arthur Johnson.

Vanessa Dalton palideció aún más.

—¿De veras cree que...?

—Sí, son capaces de todo. De hecho, han matado ya a tres hombres. Los dos que vigilaban la casa, para proteger a Arthur Johnson, y el que venía conmigo —informó Kerriman.

La periodista se estremeció profundamente.

—¡Qué horror!

—Pronto sabremos lo ocurrido en la casa. Estamos llegando ya. Era cierto.

La casa del pianista podía verse ya.

Vanessa Dalton redujo la velocidad, que no era excesiva, y detuvo su descapotable frente a la casa, cuya puerta se veía abierta. Steve Kerriman descendió del coche e indicó:

—Espere aquí, si quiere.

—No, prefiero entrar con usted, Steve.

—Como desee.

La periodista salió también del coche, cogió su bolso, se quitó las gafas de sol, y las guardó en él. Después, se pegó una carrerita, para alcanzar a Kerriman, y le prendió la mano.

—No le importa, ¿verdad? —dijo, cuando él la miró, lógicamente sorprendido.

—Por supuesto que no —respondió Kerriman, con una leve sonrisa.

—Estoy un poco asustada —confesó Vanessa.

—Aún está a tiempo de quedarse en el coche.

—No, quiero entrar. Confío en usted y sé que me protegerá, si ocurre algo.

—Tranquila, no creo que pase nada —advirtió Kerriman, empuñando su Luger. Entraron en la casa y buscaron a Arthur Johnson. Cuando comprobaron que la casa estaba vacía, Kerriman dijo:

—Los tipos se llevaron al pianista. Y también a su doncella.

—¿Por qué los secuestraron, Steve? —preguntó la periodista.

Kerriman la miró a los ojos.

—Me temo que no puedo contestarte, Vanessa.

CAPÍTULO VI

Jürgen Weiland contaba cuarenta y cuatro años de edad, pero aparentaba algunos menos. Era un hombre alto, apuesto, elegante, correcto en todos sus ademanes. Un perfecto caballero.

Lamentablemente, sólo lo era en apariencia, pues tenía peores instintos que el más veterano de los criminales. Su corazón podría utilizarse como piedra de afilar, de tan duro que lo tenía.

Jürgen Weiland se encontraba en el salón de la hermosa casa que poseía cerca del mar. Allí tenía un precioso piano de cola. No era un experto, pero tenía algunos conocimientos y era capaz de tocar algunas piezas.

Le gustaba la música, le gustaba el piano, y solía practicar algunos ratos con él. Especialmente, cuando estaba de buen humor. Y aquella mañana lo estaba.

¿Por qué razón...?

Pues, sencillamente, porque estaba esperando que sus hombres le trajesen a Arthur Johnson, el famoso pianista norteamericano, junto con la partitura de *El cisne negro*, la última composición de Klaus Bodendorf.

Jürgen Weiland no dudaba de que sus hombres llevarían a cabo con éxito la misión que les había encomendado. Sabía cuánto riesgo entrañaba, pues la casa de Arthur Johnson estaba vigilada por miembros del Servicio Secreto norteamericano, pero confiaba plenamente en Hans, Otto y Ralf.

Y también en Mónica, quien con su portentoso cuerpo era capaz de hacer sudar a las piedras, a poco que ella se lo propusiera. Sabía que ninguno de los cuatro le fallaría, así que era sólo cuestión de minutos el que regresasen con el extraordinario pianista.

Para entretener mejor la espera, Jürgen Weiland se había sentado en la banqueta del piano y se entretenía arrancando notas y acordes del brillante teclado. Sobre el piano se veía un artístico

cenicero, en el que descansaba un fenomenal habano, que Weiland tomaba de vez en cuando para darle una larga chupada.

Por fin, aparecieron Hans, Otto, Ralf y Mónica, llevando del brazo a Arthur Johnson y su doncella, que seguían esposados y con la capucha puesta, por lo que tenían que ser guiados para evitar que tropezasen con algo y se precipitasen al suelo.

Jürgen Weiland dejó inmediatamente de tocar y se puso en pie, con una amplia sonrisa en los labios. Vestía un traje de color hueso, impecable, y una magnífica camisa de cuello abierto. Hizo ademán de coger el habano, pero se interrumpió al ver que Mónica corría ya hacia él, haciendo saltar sus desarrollados senos.

Weiland abrió los brazos para recibirla.

—Mónica...

—¡Lo hemos conseguido, Jürgen! —exclamó la rubia, antes de echarle los brazos al cuello y besarle fogosamente en los labios.

Weiland la estrechó con calor y le devolvió el beso. Después, sonrió y dijo:

—Estaba seguro de que lo lograríais.

—Distraje a la pareja de agentes del Servicio Secreto con mis encantos, y Hans, Otto y Ralf los eliminaron con suma facilidad.

—Perfecto.

—Fuimos perseguidos por otros dos agentes, ¿sabes?

La sonrisa de Weiland desapareció en el acto.

—¿De veras?

—Tranquilízate, Jürgen. Los muchachos supieron dar buena cuenta de ellos.

—Cuéntame.

—Hazlo tú, Hans —pidió la rubia.

Hans relató lo sucedido y, para concluir, dijo:

—Murieron los dos, jefe.

—¿Estás seguro, Hans?

—Sí, los cosimos a tiros antes de que su coche se saliera de la carretera y se estrellara contra un árbol.

—Magnífico —sonrió de nuevo Weiland—. Dame la partitura de *El cisne negro*, Hans. Éste se acercó y le entregó el sobre.

—Aquí está, jefe.

Weiland sacó la partitura del sobre y la observó, con un brillo muy particular en los ojos.

—Cómo he anhelado este momento... —murmuró.

—Lo sé, jefe.

—Quítle la capucha a Arthur Johnson —indicó Weiland—. Y a su doncella, también. Por cierto, ¿por qué la habéis traído a ella, en vez de...?

—El pianista negó estar al corriente de que esa partitura encierra una clave que debe descifrar. Y, para refrescarle la memoria, nada mejor que utilizar a su doncella. Es joven y bonita. No le agradará verla sufrir.

Weiland rió y le puso la mano en el hombro.

—Te felicito, Hans. La idea es excelente.

—Gracias, jefe.

—Vamos, despójalos de la capucha.

—Enseguida.

Hans regresó junto a los secuestrados y les arrancó la negra capucha.

—Le presento a nuestro jefe, señor Johnson —dijo con ironía—. Es un gran admirador suyo.

—Es cierto, señor Johnson —asintió Jürgen—. Me llamo Weiland y me muero de ganas de oírle interpretar *El cisne negro*, la última obra de mi compatriota Klaus Bodendorf, excelente compositor y gran amigo suyo, según tengo entendido. Independientemente de que contenga un mensaje secreto, la obra debe ser una maravilla. ¿La ha tocado ya, señor Johnson...?

—Sí —gruñó Arthur.

—¿Y es realmente la mejor composición de Klaus Bodendorf?

—Sí, pero no encierra ninguna clave ni ningún mensaje.

Weiland chasqueó la lengua.

—Usted sabe que sí, señor Johnson. ¿Por qué se empeña en negarlo?

—Yo no sé nada.

—Si la partitura de *El cisne negro* no fuera portadora de algún tipo de información secreta, muy valiosa para los Estados Unidos, ¿cree usted que el Servicio Secreto norteamericano se hubiera molestado en destinar a cuatro de sus agentes para que vigilaran su casa y le protegiesen de un posible ataque de agentes de Alemania oriental...?

El pianista no respondió.

Jürgen Weiland recuperó el habano, se lo llevó a la boca, y consumió unos milímetros de tabaco, expulsando pausadamente el humo. Después declaró:

—Admiró a Klaus Bodendorf, señor Johnson, porque es un gran músico, pero como persona deja bastante que desear. No es un buen oriental, y si se le autorizase salir de la Alemania del Este, cosa que él ha solicitado varias veces, no volvería jamás. Se instalaría aquí, en los Estados Unidos, y se convertiría en un occidental más. Eso le haría muy feliz, pero jamás lo lograré, porque nunca se le permitirá abandonar su país. Y él lo sabe. Por eso accedió a traicionarnos, escondiendo información secreta en la partitura de su última creación. Cuando lo descubrimos, ya era tarde. El sobre había salido del país y ya volaba hacia aquí, destinado a usted. Era imposible interceptarlo, pero no recuperarlo antes de que usted descifrara el mensaje y trasladase la información al Servicio Secreto norteamericano. Y lo hemos conseguido, señor Johnson.

El pianista siguió callado.

Su cara ofrecía un gesto muy raro.

Pero, para cara rara, la de Ángela, su doncella.

Estaba tan sorprendida, después de todo lo que había dicho Jürgen Weiland, que se preguntó si no estaría soñando, sufriendo una terrible pesadilla de agentes secretos, espías orientales y occidentales, metrallata... y muertos.

Weiland le dio una nueva chupada al cigarro puro y rogó:

—¿Quiere hacer el favor de interpretar *El cisne negro*, señor Johnson?

—¿Por qué no lo interpreta usted, señor Weiland? Estaba tocando el piano cuando llegamos.

Jürgen rió.

—Sólo soy un aficionado, señor Johnson.

—Pues no me pareció que lo hacía tan mal.

—Agradezco sinceramente sus palabras, señor Johnson, pero una obra de esta calidad merece ser interpretada por un pianista de idéntica categoría. Por usted, señor Johnson, que es el mejor de todos.

—Gracias, pero no me siento con ánimos para interpretar nada, señor Weiland.

—Se lo pido por favor.

—No.

Los ojos de Jürgen Weiland brillaron peligrosamente.

—Puedo obligarle a tocar, señor Johnson.

—No me asustan sus amenazas, señor Weiland.

—Bien, usted lo ha querido. Desnudad a la doncella, Hans —ordenó Jürgen.

—Con mucho gusto —sonrió Hans.

Ángela se estremeció de pies a cabeza.

—¡No, por favor! —gritó.

Mónika sonrió, divertida.

—Esto empieza a ponerse bueno, Jürgen —comentó, enlazando su brazo.

—¿Verdad que sí? —sonrió también Weiland.

Hans, Otto y Ralf le estaban arrancando ya el uniforme a la doncella, sin que ésta pudiera hacer nada por evitarlo. Sólo podía gritar y suplicar que no la desnudaran, pero los tipos, claro, no le hacían ningún caso.

Arthur Johnson, rabioso, intentó defender a Ángela, aun con las manos esposadas.

—¡Dejadla, cobardes!

Otto le dio un empujón y le hizo rodar por el suelo.

—¡Quieto, señor Johnson, o lo desnudaremos también a usted!

—amenazó haciendo reír a Hans, Ralf, Jürgen y Mónika.

Ángela estaba ya en pantaloncito y sujetador.

Y Arthur, antes de que los tipos la dejaran completamente desnuda, gritó:

—¡De acuerdo, señor Weiland! Tocaré *El cisne negro* para usted.

CAPÍTULO VII

A Vanessa Dalton le agradó que Steve Kerriman la tuteara, y no dudó en corresponderle.

—¿No confías en mí, Steve? —preguntó.

—No me has dado motivos para desconfiar, Vanessa —respondió él.

—¿Por qué no quieres decirme, entonces, la razón del secuestro de Arthur Johnson y de su doncella?

—Porque eres periodista.

—Temes que lo cuente todo en el próximo número del *Los Ángeles Express*, ¿eh?

—¿No lo harías?

—Si tú me lo prohíbes, no.

—No creo que me hicieras caso.

—Te lo prometo, Steve.

Kerriman vaciló.

—Quisiera creerte, Vanessa, pero...

La periodista le puso las manos en el pecho, se aupó sobre las puntas de sus pies, y le besó en los labios. Fue un beso suave, cálido, sincero.

Kerriman la miró, extrañado.

—¿A qué viene esto?

—Dime primero si te ha gustado el beso.

—Bastante.

—¿Y crees que una mujer que besa como yo te he besado a ti, es capaz de engañarte? —Juraría que no.

—Puedes confiar en mí, Steve. Me cuentes lo que me cuentes, si tú no quieres que lo publique en mi periódico, no aparecerá jamás. Sabré mantenerlo en secreto, te lo juro.

—Espero que no faltes a tu juramento, porque si lo hicieras, me echarían.

—¿De dónde? —preguntó Vanessa.

—Del Servicio Secreto.

La periodista sintió que se le erizaba el vello.

—¿De verdad perteneces al...? —musitó.

—Sí, soy un agente. Y los otros tres hombres, los que han muerto, también lo eran.

—Entonces, los ocupantes del Chevrolet gris...

—Agentes de Alemania oriental.

—¿La rubia que lo conducía, también...?

—Supongo que sí.

—¿Y para qué quieren a Arthur Johnson?

—Para interrogarle, me imagino. En realidad, lo que esa gente quiere es la partitura de piano de la última obra compuesta por Klaus Bodendorf, el gran músico germano. Se titula *El cisne negro* y Arthur Johnson la recibió esta misma mañana. Nosotros debíamos impedir que dicha partitura le fuera arrebatada. Vigilábamos su casa día y noche, pero fracasamos.

Vanessa parpadeó.

—¿Tan importante es esa partitura...?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

Kerriman carraspeó.

—Te he dicho ya demasiado, Vanessa. No te conviene saber más. Podría ser peligroso para ti.

—Es algo más que una partitura, ¿verdad?

—No hagas más preguntas.

La periodista se puso nuevamente de puntillas y volvió a besarle en los labios.

—Es tu táctica, ¿eh? —dijo Kerriman.

—¿Qué?

—Utilizas tus preciosos labios para obtener información.

—No es verdad. Te he besado porque me gustas.

—Y porque quieres saber más cosas.

—Me gustaría saberlo todo, no lo niego, pero si no deseas facilitarme más información, no insistiré.

—No es que no lo desee, Vanessa, sino que no debo. Pondría tu vida en peligro. Y si te ocurriera algo, yo sería el responsable, por habértelo contado todo.

—¿Sabes que me agrada que te preocupes por mí? —sonrió la periodista.

—Quizá sea porque también me gustas.

—¿De veras?

—Te lo demostraría, si tuviera tiempo. Pero tengo que ponerme a trabajar, Vanessa.

—¿Qué piensas hacer, Steve?

—En primer lugar, voy a hacer una llamada telefónica. Los cuerpos de mis compañeros siguen en los lugares en donde encontraron la muerte, y deben ser retirados —explicó el agente, tomando el auricular y marcando un número que se sabía de memoria.

—¡Alto, muchachos! —ordenó Jürgen Weiland, en cuanto oyó que Arthur Johnson accedía a interpretar *El cisne negro*.

Hans, Otto y Ralf se quedaron quietos.

—Qué lástima —rezonga el primero, porque estaba a punto de arrancarle el sujetador a la doncella.

—Dejad a la chica —siguió ordenando Weiland—. El señor Johnson va a tocar para nosotros, ya lo habéis oído.

Los tipos soltaron a Ángela, que sollozaba y temblaba, aterrorizada todavía.

—Quítale las esposas al señor Johnson, Hans —indicó Weiland—. No puede tocar así. Mónica emitió una risita.

—Es evidente que no, cariño.

Hans ayudó al pianista a ponerse en pie y le quitó las esposas.

Arthur miró a su doncella.

—Lo siento, Ángela.

—No se preocupe por mí, señor Johnson. Estoy bien.

—¡Y tan bien! —exclamó Otto, al tiempo que proyectaba su mano hacia el trasero de la doncella, brevemente cubierto por el rojo pantaloncito.

La palmada, muy sonora, hizo gritar a Ángela y la obligó a arquearse hacia delante, mientras las carcajadas resonaban también en la lujosa estancia.

Arthur Johnson, rojo de ira y de indignación, gritó:

—¡No vuelva a hacer eso, cerdo!

Weiland intervino:

—Disculpe a Otto, señor Johnson. Le gustan las mujeres y no sabe controlarse. Y su doncella, hay que reconocerlo, es una joven muy deseable.

—¿Quieres darme celos, Jürgen...? —preguntó Mónica, simulando enfadarse.

Weiland le pasó el brazo por la cintura.

—No puedes sentirlos, Mónica. Tú eres mucho más deseable que ella.

—Te has ganado un beso —sonrió la rubia, y se lo dio.

Después, Weiland dijo:

—Vamos, señor Johnson, siéntese al piano y deléitenos los oídos con su magistral interpretación. Yo le colocaré la partitura.

Arthur le apuntó con el dedo y exigió:

—Quiero su palabra de que sus gorilas no molestarán a Ángela mientras toco para usted.

—Se lo doy, señor Johnson.

—Bien.

El pianista se sentó en la banqueta, dedicó unos segundos a concentrarse, y después atacó la partitura.

Jürgen Weiland le prestó su máxima atención, lo mismo que Mónica.

Hans, Otto y Ralf, en cambio, estaban más pendientes de la semidesnuda Ángela que de la interpretación de Arthur Johnson, pero ninguno de ellos se atrevió a molestarla.

El miedo de la doncella, sin embargo, continuaba, pues se decía que nada bueno podía esperar de aquellos tipos. La devoraban con los ojos y estaban deseando devorarla también con los dientes.

Cuando Arthur Johnson finalizó su interpretación, Jürgen Weiland rompió a aplaudir calurosamente.

—¡Bravo! ¡Magnífico! Ha sido sensacional.

Mónica aplaudió también, pero no dedicó elogios al pianista norteamericano. Hans, Otto y Ralf, ni siquiera aplausos, lo que enfureció a Weiland.

—¡Aplaudid, estúpidos! —ordenó.

Hans, Otto y Ralf dejaron momentáneamente las metralletas en el suelo y obedecieron a su jefe.

Arthur hizo ademán de levantarse de la banqueta, pero Jürgen le puso la mano en el hombro y lo impidió.

—Continúe sentado, señor Johnson.

—¿Por qué?

—No ha terminado, todavía.

—Sí que he terminado.

—No, falta lo más importante, señor Johnson.

—¿Qué?

—Descifrar la clave secreta.

—Ya le dije que no sé nada de claves secretas.

—Por favor, no me obligue a refrescarle la memoria, señor Johnson.

—Es la verdad, tiene que creerme.

—¿Quiere ver sufrir a su doncella...?

—¡No!

—Colabora, pues.

—¡Señor Weiland, yo le juro que...!

Jürgen se volvió hacia sus hombres y ordenó:

—Continuad con la chica, Hans.

CAPÍTULO VIII

Steve Kerriman y Vanessa Dalton habían salido ya de la casa de Arthur Johnson.

—¿Necesitas el coche, Vanessa?

—Claro.

—¿No podrías prestármelo unas horas?

—¿Es indispensable?

—Sí.

—Te lo presto con una condición.

—¿Cuál?

—Que sea yo quien lo conduzca.

—Eso no es posible.

—¿Por qué?

—No puedo llevarte conmigo, Vanessa.

—Te haría un favor, Steve. A ti te duelen las costillas y te será molesto conducir. Kerriman se las oprimió.

—Ya casi no me duelen.

—Embustero.

—Te repito que no puedo llevarte conmigo, Vanessa. Podría costarte la vida.

—Sólo en el caso de que consigas encontrar a los secuestradores de Arthur Johnson.

—Los encontraré, no lo dudes.

—Bueno, pues cuando eso suceda, y antes de que empiecen los tiros, yo me largo y en paz. Así no correré ningún peligro.

Kerriman movió la cabeza en sentido negativo.

—No insistas, Vanessa.

—No lo haré, descuida.

La periodista se introdujo tranquilamente en su descapotable y puso el motor en marcha.

—Ha sido un placer conocerte, Steve.

—¿Te llevas el coche...?

—Es mío, ¿no?

—Creí que éramos amigos, Vanessa.

—Lo siento, Steve, pero puse una condición y tú no quieres aceptarla, así que me largo.

El coche arrancó y el agente secreto no tuvo más remedio que correr tras él.

—¡Espera, maldita sea!

La periodista detuvo el vehículo y sonrió.

—¿Has cambiado de idea, Steve...?

—Eres una sucia chantajista, Vanessa —masculló Kerriman, entrando en el coche.

—Sólo quiero ayudarte, Steve.

—No, tú lo que quieres es enterarte de todo, para luego publicarlo en tu periódico.

—Te prometí que no lo haría, a menos que tú me autorizases. Y yo siempre cumplo mis promesas.

—Está bien, arranca de una vez —rezongó el agente—. Y ojalá no tengas que arrepentirte.

—Nunca me arrepiento de lo que hago —aseguró la periodista, y puso nuevamente el coche en movimiento.

Lo sacó a la carretera y tomó la misma dirección que llevara el Chevrolet gris.

—¿De dónde venías tú, Vanessa? —preguntó Kerriman.

—De Santa Mónica.

—¿Vives allí?

—Sí, aunque también dispongo de un pequeño apartamento en Los Ángeles. Y algunas noches duermo en él.

—Sospecho que los secuestradores de Arthur Johnson se alojan también en Santa Mónica.

—Es muy probable, puesto que hacia allí se dirigían.

—Trataremos de localizar el coche.

—Y en cuanto lo encontremos, yo me largaré.

—Exacto.

—Si no te obedeciera...

—Te echaría a puntapiés.

La periodista rió.

—Eres un encanto, Steve.

—Conduce y calla —gruñó el agente.

—¡A la orden!

Hans, Otto y Ralf recibieron con alegría la orden Jürgen Weiland, y se apresuraron a cumplirla.

Ángela chilló cuando las amenazas de los tipos cayeron sobre ella, para arrancarle la ropa interior.

—¡No...!

Arthur Johnson saltó de la banqueta.

—¡Quietos, canallas!

Jürgen Weiland, que ya esperaba una reacción semejante por parte del pianista, lo sujetó por detrás y le impidió acudir en ayuda de su doncella.

—Calma, señor Johnson.

—¡Ordene que la suelten enseguida!

—Lo haré si se decide usted a colaborar.

—No me negaría si pudiera hacerlo, pero le repito por enésima vez que no sé nada de claves secretas. Si Klaus Bodendorf ocultó algún mensaje en la partitura, a mí no me lo dijo.

—Eso no es posible.

—¡Lo juro por Dios!

Weiland guardó silencio, pero no soltó al pianista.

Arthur Johnson, impotente, vio cómo Hans, Otto y Ralf dejaban completamente desnuda a su doncella, la tumbaban en el suelo, y cometían toda clase de abusos con ella.

Ángela gritaba y lloraba, suplicaba, imploraba, pero de nada servía, porque sólo Jürgen Weiland podía detener a aquellos tres salvajes. Y Jürgen no quería detenerlos.

Mónika sonreía, porque ella gozaba con el espectáculo.

—Resulta excitante, ¿verdad, Jürgen?

—Bastante.

—¿Crees que la violarán?

—Seguro. A menos, claro, que el señor Johnson cambie de parecer y acceda a colaborar.

—¡Miserables! —rugió el pianista, pugnando por librarse de Jürgen Weiland. Pero éste era mucho más fuerte que él y además le tenía bien sujeto.

—Aún está a tiempo de impedir que mis hombres fueren a Ángela, señor Johnson.

El pianista, que estaba sufriendo tanto o más que su doncella, vio que Hans se abría el pantalón y se apresuró a gritar.

—¡De acuerdo, colaboraré!

—¡Alto, muchachos! —ordenó al instante Weiland—. ¡El señor Johnson está dispuesto a colaborar!

Hans, Otto y Ralf soltaron a Ángela con evidente mala gana, porque hubieran preferido que la diversión continuara, lo mismo que Mónica, quien compuso un gesto de contrariedad.

—Se acabó la diversión —rezongó Hans.

—Por ahora —concretó Otto, en tono bajo.

—Eso —masculló Ralf.

Ángela, más aterrorizada que nunca, se encogió en el suelo y siguió llorando amargamente.

—Suélteme, Weiland —pidió Arthur.

Jürgen dejó de rodearle el pecho con sus brazos y el pianista pudo correr hacia su doncella. Hans hizo ademán de interceptarle, pero su jefe, con el gesto, le ordenó que no interviniera.

Arthur se arrodilló junto a la muchacha y le acarició tiernamente el cabello.

—Ángela...

La doncella irguió el torso y se refugió en sus brazos, presa de continuos temblores y convulsiones.

—¡Señor Johnson!

—Tranquilízate, Ángela. Esos cerdos no volverán a tocarte.

—Prefiero que me maten a que abusen de mí.

—Cálmate. No permitiré que te hagan daño.

—¡Dios mío, ha sido horrible!

Arthur Johnson miró a Jürgen Weiland.

—Ángela necesita algo con qué cubrirse. Ordene que lo traigan, Weiland.

—Seguro que va a colaborar, ¿verdad, señor Johnson?

—Le doy mi palabra.

—Bien. Trae una bata para la chica, Mónica.

—A la orden.

La rubia salió del espacioso salón, regresando poco después con una corta bata de playa.

—Es lo único que encontré, Jürgen.

—Servirá.

—Toma, niña —sonrió Mónica, lanzando la bata sobre el cuerpo desnudo y tembloroso de Ángela—. Cubre tus encantos.

Arthur Johnson cogió la bata y envolvió con ella a la muchacha. Después, dijo:

—Ordene que le quiten las esposas, señor Weiland. Así no puede ponerse la bata.

—Hazlo, Hans —indicó Jürgen.

—Pero...

—Obedece.

—Está bien —gruñó Hans, y le quitó las esposas a la doncella.

Arthur ayudó a Ángela a colocarse la bata, que la joven se apresuró a cerrarse.

Jürgen carraspeó suavemente.

—Le estoy esperando, señor Johnson.

El pianista se encomendó a todos los santos del cielo, porque no mintió cuando dijo que no sabía nada de claves secretas ni de mensajes ocultos. Había accedido a colaborar con sus secuestradores para evitarle sufrimientos a Ángela y ganar tiempo, pero no tenía ni idea de cómo descifrar la clave que encerraba la partitura de *El cisne negro*.

CAPÍTULO IX

Steve Kerriman y Vanessa Dalton estaban recorriendo ya los alrededores de Santa Mónica. Había muchas casas, más o menos próximas al mar, pero en ninguna de las que ya llevaban observadas habían visto un Chevrolet gris.

De pronto, la periodista detuvo su descapotable y miró al agente del Servicio Secreto.

—¿Por qué has parado? —preguntó él.

—Acabo de recordar algo, Steve.

—¿Qué?

—En la casa de Arthur Johnson hablaste de agentes secretos de Alemania oriental.

—Sí.

—Bien, tal vez no tenga ninguna relación con los ocupantes del Chevrolet gris, pero en esta zona vive alguien que, por su nombre y apellido, parece de origen germano o nórdico.

—¿Cómo se llama?

—Jürgen Weiland.

—Es alemán, no cabe duda.

—¿Te dice algo ese nombre, Steve?

—No, pero es posible que el tipo tenga mucho que ver en el secuestro de Arthur Johnson. ¿Qué sabes tú de Jürgen Weiland, Vanessa?

—Muy poco, ésa es la verdad. Sé que posee una magnífica casa, que tiene mucho dinero, y que es un tipo elegante y distinguido. No sé a qué se dedica, pero lleva ya algún tiempo en ese lugar.

—¿Has hablado alguna vez con él?

—No, nunca.

—¿Sabes dónde está su casa?

—Claro.

—Llévame hasta ella.

—Pido algo a cambio.

—¿Qué quieres?

—Que me permitas quedarme en las proximidades de la casa, para saber qué tal te va a ti cuando te acerques a ella. Así, si te ves en apuros, podré hacer algo por ti.

—Ni hablar.

—Nadie me verá, Steve. Me ocultaré bien.

—He dicho que no.

La periodista le echó los brazos al cuello.

—Por favor, Steve...

—No te pongas mimosa, que de nada servirá.

—Me preocupa lo que pueda ocurrirte, ¿es que no te das cuenta?

—Y a mí lo que pueda ocurrirte a ti. ¿Tampoco te das cuenta...?

Vanessa sonrió de una forma realmente cautivadora.

—Bésame, Steve —pidió.

—No.

—Entonces, te besaré yo a ti.

—Perderás el tiempo.

—Un tipo duro, ¿eh?

—Granito puro.

—Por eso me gustas tanto —aseguró Vanessa, y le besó, larga e intensamente.

El agente, al principio, adoptó una actitud totalmente pasiva, pero no tardó demasiado en estrechar a la periodista y devolverle el beso con pasión. Se atrevió, incluso, a deslizar su mano por la abertura de la falda y acariciarle los sedosos muslos.

Vanessa se estremeció claramente en sus brazos, pero no protestó. Ni siquiera interrumpió el beso. Cuando, por fin, separaron sus bocas, la periodista dijo:

—Creo que a ti no sabría negarte nada, Steve.

—Yo a ti, sí.

—Eres una auténtica roca.

—Tú lo has dicho.

—Está bien, te llevaré a la casa de Jürgen Weiland y me esfumaré, si eso es lo que quieres.

—Sí, es lo que quiero.

—Te complaceré. Y si no sales vivo de allí, tuya será la culpa.

—Solamente mía —asintió Kerriman.

Vanessa puso el coche en marcha y no volvió a hablar.

Minutos después detenía el vehículo a cierta distancia de una hermosa casa próxima al mar.

—Ésa es —dijo.

Kerriman la observó.

—No veo ningún Chevrolet gris.

—Yo tampoco.

—Bueno, eso no quiere decir nada. Es seguro que la casa dispone de garaje y el Chevrolet puede estar guardado en él —apuntó el agente secreto.

—Cierto.

—Hay dos hombres custodiando la entrada de la casa.

—Sí, yo también los veo.

—¿Alguno de ellos es el tipo que iba sentado al lado de la mujer rubia, en el coche? —preguntó Kerriman.

La periodista tardó unos segundos en responder.

—No puedo ver bien su cara desde aquí, pero yo diría que no, que el tipo del Chevrolet no es ninguno de esos dos.

—Quizá sean los que iban detrás, con Arthur Johnson y su doncella.

—Es posible. ¿Tú tampoco pudiste verles la cara, cuando dispararon contra ti y contra tu compañero? —preguntó Vanessa.

—No, sólo vi sus metrallas, que inmediatamente comenzaron a vomitar plomo. Apenas tuve tiempo de agachar la cabeza. Mi compañero no lo hizo y...

—Lo siento.

—Bien, gracias por haberme traído hasta aquí, Vanessa —dijo el agente, saliendo del coche.

—Tengo que largarme ya, ¿eh?

—Sí, antes de que yo me aproxime a la casa.

—¿Y qué harás, si Jürgen Weiland no tiene nada que ver con el secuestro de Arthur Johnson? —preguntó la periodista—. Necesitarás de nuevo mi coche, para seguir buscando al pianista.

—No te preocupes por eso. Tengo casi la certeza de que Arthur Johnson y su doncella se encuentran en esa casa, por el aspecto de los tipos que custodian la entrada.

—Estarán armados, ¿verdad?

—Seguro.

—Ten cuidado, pues.

—No temas. Yo también voy armado, ya lo sabes.

—Yo podría ayudarte a sorprenderlos, Steve.

—No digas tonterías.

—En serio. Puedo acercarme a ellos y distraerlos. Sólo tendría que enseñarles un poco los muslos.

—Olvidalo.

—Desprecias mi desinteresada colaboración, ¿eh?

—De desinteresada, nada. Tú vas a la caza de un reportaje sensacional. Por eso quieres acompañarme, aun sabiendo lo peligroso que sería para ti.

La periodista apretó los dientes.

—En este momento resultas odioso, Steve.

—Lárgate, Vanessa.

—¡Ahora mismo!

—Y no se te ocurra volver, ¿eh?

—¡No lo haría ni aunque me llamaras a gritos!

—Perfecto.

La periodista, terriblemente furiosa, puso el coche en movimiento y desapareció en unos segundos.

Kerriman esperó un par de minutos, por si acaso volvía, pero como no fue así, extrajo su Luger y caminó cautelosamente hacia la casa de Jürgen Weiland.

CAPÍTULO X

Bernd y Jupp, que así se llamaban los tipos que montaban guardia frente a la casa, vigilaban atentamente los alrededores, prestos a extraer sus armas al menor síntoma de peligro.

No permanecían quietos, sino que se movían en una y otra dirección, para abarcar mejor las proximidades de la casa con sus miradas. Lo hacían, eso sí, con paso lento, porque la tarea resultaba bastante monótona y aburrida.

Steve Kerriman había conseguido llegar, sin ser descubierto por la pareja de vigilantes, hasta un macizo de flores, tras el que ahora se ocultaba.

Salir de allí y alcanzar la casa, sin ser visto, iba a resultar mucho más difícil, por no decir imposible. Tendría que hacer frente a la pareja de gorilas.

Kerriman no les tenía ningún miedo, pero le preocupaba que los tipos tuviesen tiempo de dar la alarma. Esto sería nefasto para él, porque aparecerían inmediatamente los que se encontraban en el interior de la casa, metralleta en mano, y le enviarían una verdadera lluvia de balas.

Si encontrara la manera de sorprenderles e inutilizarles antes de que pudieran reaccionar...

El agente secreto estaba pensando en ello, cuando, de pronto, escuchó el motor de un coche. Ladeó la cabeza y, al descubrir que se trataba del descapotable de Vanessa Dalton, respingó con fuerza tras el macizo de flores.

—¡Condenada periodista! —barbotó, ahogando la voz, para no ser detectado por los vigilantes.

Bernd y Jupp habían reparado también en el descapotable rojo, y como el coche venía directo hacia la casa, ambos se apresuraron a sacar sus armas.

Vanessa sintió que se le ponía el vello de punta al verse

apuntada por un par de pistolas automáticas, pero trató de conservar la calma y mostrarse serena.

Detuvo el coche y miró a los tipos, que ya venían hacia ella con cara de muy pocos amigos.

—¿Qué sucede...? —preguntó—. ¿Por qué me apuntan con esos pistolones tan impresionantes?

Bernd se colocó a la derecha del descapotable y Jupp se situó a la izquierda. Entonces descubrieron que, debido a la abertura frontal de la falda, Vanessa exhibía casi totalmente sus tentadores muslos, hasta el punto de que se vislumbraban sus picaras braguitas.

Y no era por casualidad.

La periodista, antes de aproximarse a la casa de Jürgen Weiland, se había preocupado de sacarle todo el partido posible a la abertura de su falda, para tentar a la pareja de vigilantes.

Y, por la misma razón, se había desabrochado la fina blusa y se la había anudado debajo de los senos, dejando al descubierto todo su estómago y una parte importante de sus túrgidos pechos.

La treta, desde luego, dio resultado, porque los ojos de los tipos se clavaron como dardos en los muslos y en el torso de la atrevida periodista.

La joven, claro, no hizo nada por enseñar menos.

—¿Quién eres tú? —preguntó Bernd.

—Me llamo Vanessa.

—¿Y qué es lo que quieres? —inquirió Jupp.

—He venido a hablar con Paul Grant.

Los tipos cambiaron una mirada.

—¿Con quién...? —preguntó Bernd.

—Paul Grant Vive aquí, ¿no?

—No, no vive aquí.

—¿Quiere decir que me he confundido de casa...?

—Eso parece, preciosa —dijo Jupp.

—Bueno, tampoco es como para que me apunten ustedes con sus pistolas, ¿no creen? —sonrió Vanessa—. Cualquiera puede equivocarse, y hoy me ha tocado a mí.

Bernd pensó que nada tenían que temer de la joven y atractiva morena, y devolvió su arma a la funda axilar, siendo al momento imitado por Jupp.

—Gracias, me siento mucho mejor —manifestó la periodista, mientras llamaba con el pensamiento a Steve Kerriman, porque era el momento de intervenir.

El agente secreto, en efecto, había comprendido que Vanessa estaba distrayendo a los tipos para que él pudiera abandonar su escondite y sorprenderlos, así que dejó el macizo de flores y corrió silenciosamente hacia la pareja de vigilantes.

Bernd y Jupp le daban la espalda, aparte de tener solamente ojos para el excitante cuerpo de Vanessa, que seguía entreteniéndolos con su conversación... y su descarada exhibición.

Kerriman cayó primeramente sobre Bernd, propinándole un duro golpe en la cabeza con el cañón de su Luger. El sujeto emitió un gemido ahogado y se desplomó como un fardo.

La acción del agente secreto fue tan sorpresiva como rápida, pero Jupp reaccionó con celeridad y echó mano de su automática. Por suerte, Vanessa había echado también mano de su bolso y se lo estampó en la cara al tipo.

Jupp dio un grito y empezó a sangrar por la nariz, mientras se caía de espaldas. Kerriman saltó ágilmente por encima del descapotable y se ocupó de él.

No, no le ofreció su pañuelo, para que se limpiara la machacada nariz, porque la cosa no estaba para cortesías. Lo que hizo, fue descargar su Luger sobre la testa del individuo, que quedó tan inconsciente como su compañero.

Vanessa hizo ademán de ponerse a aplaudir, pero se frenó a tiempo, aunque exclamó:

—¡Magnífico, Steve!

El agente la miró con dureza.

—Eres más terca que una mula.

—¿Te he sido útil o no? ¡Vamos, confíesalo!

Kerriman le tapó la boca.

—¡No alces la voz, maldita sea!

La periodista arrancó la mano del agente de sus labios y rezongó:

—No sé por qué te ayudé, desagradecido. No mereces que arriesgue mi vida por ti.

—¿De verdad la estás arriesgando por mí?

—¿Por quién, si no?

—Está bien, te doy las gracias por haber distraído a los tipos con tus encantos. Ahora, lárgate.

—¿Te estoy distrayendo a ti también?

—No seas descarada y esfúmate.

—Aún puedo serte útil, Steve.

—¿Cómo demonios he de decirte que...?

—Vas a entrar en la casa, ¿verdad?

—Ya debería estar dentro.

—Te esperaré con el motor en marcha, por si te toca salir zumbando.

—¡No soy un moscardón!

La periodista dejó escapar una risita.

—Si puedes hacer chistes, es que no estás tan enfadado como pareces.

Kerriman le aprisionó el cuello con su mano izquierda.

—Siento deseos de estrangularte, Vanessa.

—Y yo de hacer el amor contigo, pero no es el momento.

—Te vas a largar, ¿verdad?

—No, voy a vigilar a estos dos tipos. Y como se despierten antes de que tú hayas salido de la casa, los atropello.

—¡Te pueden matar, Vanessa!

—Estás perdiendo mucho tiempo, Steve.

—Tienes razón. Tendría que haberte estrangulado ya.

—Te gusto demasiado.

—¡Al diablo contigo! —rugió el agente, y le soltó el cuello.

Vanessa le lanzó un beso.

—Suerte, cariño. Y no tardes demasiado, por favor.

Kerriman estuvo tentado de atenazarle nuevamente el cuello, pero como era cierto que había perdido ya varios minutos, se olvidó de la periodista y corrió hacia la casa.

El garaje estaba a la derecha, pero la puerta permanecía bajada y no se podían ver los vehículos encerrados en él. No obstante, el agente secreto apostó consigo mismo a que el Chevrolet gris era uno de los coches que permanecían allí.

Alcanzó la casa y se introdujo sigilosamente en ella.

Un par de segundos después, Vanessa Dalton salía de su descapotable. Con el bolso en la mano, por si se veía precisada a utilizarlo nuevamente como arma defensiva.

Lo primero que hizo fue abrir la chaqueta de Jupp y arrebatárle su arma, que el tipo no llegó a empuñar, al recibir el terrible bolsazo en plena cara.

Vanessa abrió su bolso para guardar en él la automática, y entonces descubrió que sus caras gafas de sol estaban rotas como consecuencia, lógicamente, del golpe que le arreara a Jupp.

—¡Por tu culpa, maldito! —barbotó, y le atizó un puntapié en las costillas.

Jupp, naturalmente, no se enteró.

Vanessa metió la pistola en el bolso y lo cerró.

—Ahora pesa más —murmuró—. Si le atizo a alguien en las narices, se las haré papilla.

Luego, la periodista rodeó su coche y se apoderó también de la pistola de Bernd. Ésta no la metió en su bolso, sino que la mantuvo empuñada, por si le hacía falta utilizarla.

Con la automática bien apretada, caminó directamente hacia el garaje para averiguar si el Chevrolet de los secuestradores de Arthur Johnson estaba guardado allí.

Accionó el resorte que abría la puerta y ésta se movió inmediatamente hacia arriba, dejando ver los vehículos que ocultaba.

Eran tres, exactamente, y entre ellos figuraba el Chevrolet gris, por lo que Vanessa sonrió y dijo:

—Hemos dado con usted, señor Johnson.

CAPÍTULO XI

Arthur Johnson se había sentado de nuevo al piano para simular que trataba de descifrar la clave secreta que encerraba la partitura de *El cisne negro*.

—Voy a necesitar papel y lápiz —dijo.

—Se los facilitaremos enseguida —respondió Jürgen Weiland, e hizo una seña a Hans.

Éste sacó un pequeño bloc de su bolsillo, al que iba acoplado un lápiz del mismo tamaño. Se aproximó al pianista y dejó el bloc sobre el teclado del piano.

—Puede empezar, señor Johnson —apremió Weiland, que había recuperado su habano.

Arthur cogió el bloc, extrajo el lápiz, y se dispuso a fingir que descifraba el mensaje secreto que, según Jürgen Weiland, le había enviado su buen amigo Klaus Bodendorf.

Y debía ser cierto, cuando miembros del Servicio Secreto norteamericano se habían preocupado de vigilar su casa. Vigilancia que, lamentablemente, no había servido de nada, puesto que aquéllos habían sido eliminados por los hombres de Jürgen Weiland.

Arthur Johnson, claro, ignoraba que uno de los agentes, Steve Kerriman, seguía con vida y estaba haciendo todo lo posible por rescatarle y recuperar la intrigante partitura.

El pianista repitió las primeras notas de la composición, lentamente, y escribió un par de signos en el bloc, bajo la atenta mirada de Jürgen Weiland.

Mónika también le prestaba toda su atención, prendida del brazo de Jürgen. Hasta Hans, Otto y Ralf estaban ahora pendientes del pianista, lo cual agradecía muchísimo Ángela, que se ponía a temblar en cuanto los tipos clavaban sus sucias miradas en ella.

Weiland aspiró el humo del cigarro y preguntó:

—¿Tardará mucho, señor Johnson?

—Bastante —respondió el pianista.

—¿Tan difícil es?

—Sí, esto es muy complicado. Necesitaré todo el día y tal vez toda la noche, también.

—Me parece demasiado.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo antes.

—¿No puede... o no quiere?

—He empezado a descifrar la clave, ¿no?

—Sí, pero sospecho que sólo trata de ganar tiempo, haciéndonoslo perder a nosotros.

El pianista se puso nervioso.

—Weiland, yo le aseguro que...

Jürgen le arrebató el bloc de un zarpazo y observó los signos trazados por él.

—¿Qué ha escrito aquí? —preguntó.

—Se lo diré cuando haya terminado.

—¡No se entiende!

—Yo sí lo entiendo.

Jürgen lo agarró de la camisa, con gesto amenazante.

—No juegue conmigo, señor Johnson. Es muy peligroso.

—No estoy jugando con usted, Weiland.

—Entonces, dígame lo que ha escrito.

—Cuando termine.

Jürgen lo soltó bruscamente.

—De acuerdo, continúe. No tardaré en saber si realmente está descifrando la clave o si nos está tomando el pelo.

Arthur siguió con la farsa, mucho más nervioso que antes, aunque se esforzaba en disimularlo. Dio algunas notas más y escribió otro par de signos raros en el bloc.

Jürgen Weiland obligó a Mónica a que le soltara el brazo y fue hacia Ángela, con el cigarro entre los dientes.

La doncella se asustó y dio un paso atrás, aunque no dijo nada.

Jürgen se detuvo, a sólo un metro escaso de ella, e hizo una muda indicación a Hans. Éste entendió y sujetó por detrás a la doncella del pianista.

Ángela estuvo a punto de gritar, pero fue capaz de contenerse, por el momento. Vio cómo Jürgen Weiland le daba un par de

chupadas al cigarro, para avivar la brasa.

Después él le abrió la bata suavemente y descubrió sus senos.

Ángela sintió que le flaqueaban las rodillas.

Y es que adivinaba lo que iba a suceder.

Jürgen Weiland no tenía la menor intención de toquetearle los senos.

¡Quería quemárselos!

¡Por eso había avivado la brasa del cigarro!

Jürgen, efectivamente, se quitó el puro de la boca y lo aproximó lentamente al busto desnudo y estremecido de la doncella, por el extremo encendido.

Ángela, presa de un terror indescriptible, chilló:

—¡Señor Johnson...!

El pianista, que no se había percatado de la acción de Jürgen, se volvió en el acto y descubrió, horrorizado, lo que estaba pasando. Lo que estaba a punto de pasar, mejor dicho, puesto que la brasa del puro todavía no había llegado al pecho de la doncella. Pero, faltaba tan poco, que Ángela percibía ya el calor de la brasa, por lo que aulló:

—¡Noooooooo...!

Arthur brincó de la banqueta.

—¡Quieto, loco!

Jürgen detuvo el habano encendido a sólo un par de centímetros del seno izquierdo de la doncella y miró al pianista.

—¿Me dirá lo que ha escrito en el bloc, señor Johnson?

Arthur vaciló.

No podía decirle que aquellos signos no significaban nada, que eran solamente garabatos. Si lo confesaba, Jürgen Weiland y sus hombres cometerían verdaderas atrocidades con la pobre Ángela.

¿Qué podía decir, para engañar a Jürgen y evitar que la doncella sufriese las consecuencias...?

No se le ocurría nada.

Por suerte para el pianista, Steve Kerriman apareció en aquel momento y dejó oír su voz:

—El señor Johnson no puede decir nada, porque nada sabe.

La sorpresa fue mayúscula.

Todos se quedaron paralizados, pero como saltaba a la vista que Steve Kerriman era un enemigo, Otto y Ralf reaccionaron con

rapidez y dirigieron sus metralletas hacia él.

El agente secreto no dudó en disparar sobre ellos con su Luger.
Y tiró a matar.

No podía olvidar que Clift, Heflin y Strode habían sido asesinados por aquella gente. Tenía que pagarles con la misma moneda.

Otto y Ralf se derrumbaron, mortalmente alcanzados, y perdieron sus metralletas sin haber llegado a utilizarlas.

Hans se había deshecho de la suya, para sujetar a Ángela, así que tampoco pudo hacer uso de ella. Llevaba, eso sí, una pistola automática en su correspondiente funda axilar, pero no se atrevió a sacarla, después de lo presenciado.

Jürgen Weiland también iba armado, pero, al igual que Hans, no se atrevió a mover la mano, porque las posibilidades de irse al otro mundo eran demasiadas.

Allí estaban los cadáveres de Otto y Ralf para demostrarlo.

Mónika, que no tenía más armas que las que la madre naturaleza le había concedido en un alarde de generosidad, estaba realmente asustada después de lo ocurrido.

Steve Kerriman los abarcó a los tres con su Luger y ordenó:

—Soltad a la chica, cobardes.

Hans dejó libre a Ángela, la cual se apresuró a cerrarse la bata y reunirse con Arthur Johnson. Todavía temblaba toda, así que se abrazó al pianista.

Arthur la estrechó cálidamente, sin dejar de observar al hombre que ahora dominaba la situación.

El agente secreto, sin perder de vista a Jürgen, Hans y Mónika, preguntó:

—¿Se encuentra bien, señor Johnson?

—Sí.

—¿Y su doncella...?

—Ha sido maltratada y humillada. Le arrancaron la ropa y estuvieron a punto de violarla. Y cuando usted entró...

—El tipo elegante se disponía a aplicarle la brasa de su cigarro en el pecho, ya lo vi. Jürgen carraspeó.

—Era sólo una amenaza, para obligar a hablar al señor Johnson. No tenía intención de quemar a la chica.

—¿De veras, Weiland? —sonrió levemente Kerriman.

—¿Me conoce?

—Es la primera vez que le veo, pero me habían hablado de usted.

—¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—No creo que le dé ningún gusto, pero me llamo Kerriman.

—Del Servicio Secreto norteamericano, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, Kerriman?

—Le seguí la pista al Chevrolet.

—Usted era uno de los agentes que iban en el coche perseguidor...

—Así es.

Jürgen miró duramente a Hans.

—Conque los habíais cosido a tiros a los dos, ¿eh? —masculló.

—Eso pensamos, jefe —carraspeó Hans.

—Inútiles.

Kerriman explicó:

—Mi compañero murió, pero yo no resulté alcanzado. Y no sufrí apenas daño cuando nuestro coche se estrelló contra el árbol. Fue una suerte que saliera ileso. Una suerte para mí, claro está. Para ustedes, una desgracia, porque van a pagar todos por la muerte de mis tres compañeros. Y por lo que le hicieron a esa pobre muchacha. Para empezar, Weiland, se va a comer usted el puro.

CAPÍTULO XII

Jürgen Weiland creyó no haber oído bien.

—¿Qué me voy a comer el qué...?

—El puro —repitió Steve Kerriman—. Brasa incluida.

Jürgen forzó una sonrisa.

—Déjese de bromas, Kerriman.

—Estoy hablando muy en serio, señor Weiland.

—Los puros no se comen; se fuman.

—Exacto, se fuman. Y no se utilizan para quemarle los senos a una pobre muchacha indefensa —acusó el agente.

—Yo no hice tal cosa, Kerriman.

—Pero estaba dispuesto a torturar a la chica. ¿No es cierto, señor Johnson?

—¡Desde luego! —respondió el pianista—. ¡Él fue quien ordenó a los tipos que desnudasen y abusasen de Ángela! ¡Oblíguele a comerse el cigarro, señor Kerriman!

—Se lo comerá, no lo dude —aseguró el agente—. Vamos, Weiland, empiece a darle bocados.

—Me niego rotundamente.

Kerriman te apuntó a la frente.

—¿Prefiere una bala entre ceja y ceja?

Jürgen tragó saliva con dificultad.

—No, me sentaría peor —murmuró, y le dio un mordisco al cigarro.

—No se entretenga, Weiland. Sólo dispone de dos minutos —advirtió el agente secreto. Jürgen respinga.

—¿Nada más...?

—Sí, es el tiempo que puedo concederle.

—¿Puedo invitara Hans?

—Bueno —autorizó Kerriman, con una sonrisa.

—Oh, no... —exclamó ahogadamente Hans.

Jürgen te acercó el puro a la boca.

—Ayúdame, Hans.

—Jefe, yo...

—¡Come, desgraciado!

—Está bien, jefe.

Hans te dio un mordisco al cigarro y se puso a masticar con cara de asco. Jürgen te imitó.

Arthur y Ángela sentían deseos de reír. Mónica, por el contrario, estaba crispada.

—¿No invita a la rubia, Weiland? —sugirió Kerriman.

Mónica se estremeció visiblemente.

—¡No, por favor!

—Sí, es una buena idea —rezongó el aludido—. Ven y come puro, Mónica.

—No, Jürgen.

—¡Te lo ordeno!

La rubia no tuvo más remedio que acercarse y darte un bocado al habano.

—Está horrible —murmuró, sintiendo náuseas.

—Si te oyera Fidel Castro... —sonrió Kerriman, con ironía.

Arthur y Ángela rieron el chiste del agente.

Mientras Jürgen, Hans y Mónica daban buena cuenta del cigarro, muy a su pesar, Kerriman se acercó a los cuerpos sin vida de Otto y Ralf, recogiendo una de las metralletas.

Hans pensó que ahora tenía la oportunidad de sorprender al agente del Servicio Secreto norteamericano, y como no tenía ganas de seguir comiendo puro habano, se llevó velozmente la mano a la axila y extrajo su automática.

—¡Cuidado, Kerriman! —gritó Arthur Johnson.

—¡Al suelo, Mónica! —exclamó Jürgen, empujando a la rubia.

Kerriman, que no había dejado de vigilar a los agentes orientales, vio la acción de Hans y no dudó en accionar de nuevo su Luger, anticipándose al tipo.

Hans recibió dos impactos, el primero en el pecho y el segundo en el cuello, lo que le impidió gritar. Sólo pudo emitir un espeluznante gorgoteo, antes de desplomarse, prácticamente cadáver.

Jürgen Weiland, que había pensado extraer su arma, desistió de

ello al ver derrumbarse a Hans. No quería hacer el «largo viaje» con él.

Kerriman, que ya le estaba apuntando con su Luger, preguntó:

—¿Usted tampoco quiere seguir comiendo puro, Weiland?

Sin responder. Jürgen volvió a mascar el habano compartiéndolo con Mónica, que tampoco quería morir.

Cuando sonaron los primeros disparos, los que Steve Kerriman había efectuado sobre Otto y Ralf, Vanessa Dalton dio un nervioso respingo y regresó corriendo al descapotable, para esperarle con el motor en marcha, tal y como le prometiera.

Suponiendo que fuera el agente secreto quien saliera de la casa, con Arthur Johnson y su doncella... Si salían hombres de Jürgen Weiland, metralleta en mano, tendría que largarse a toda prisa, porque significaría que Steve Kerriman había fracasado y había encontrado la muerte en el tiroteo.

Vanessa alcanzó el coche, pero no pudo introducirse en él, porque alguien la agarró por las piernas y la hizo caer.

Era Jupp.

¡Había vuelto en sí!

Vanessa no pudo hacer uso de la pistola automática, porque la había perdido en la caída.

—¡Ahora verás, perra! —Ladró Jupp, con toda la cara manchada de sangre.

Tenía la nariz horriblemente hinchada.

Vanessa luchó por librarse de él.

—¡Suéltame, animal!

—Me voy a cobrar el bolsazo que me diste en las narices.

—La ventanilla de pago está cerrada.

—¡Yo la abriré, no te preocupes!

Vanessa no podía escapar de las garras del tipo. De pronto, vio la pistola que escapara de su mano en la caída.

Intentó recuperarla.

No estaba lejos.

Sólo tenía que estirar un poco el brazo y...

Lo hizo.

Casi rozaba ya el arma con la punta de los dedos, cuando Jupp, dándose cuenta de ello, se le anticipó y se apoderó de la pistola.

Vanessa pensó en la otra, la que guardara en su bolso.

El bolso lo tenía a mano.

Sólo tenía que abrirlo y...

De momento, sin embargo, no podía hacerlo.

Jupp le estaba apuntando con la pistola a la frente.

—¿Dónde está el tipo? —preguntó. Vanessa no respondió.

Jupp la abofeteó con su zurda y le arrancó un grito de dolor.

—¡Contesta, zorra!

—Entró en la casa —respondió el periodista.

—Es agente secreto, ¿verdad?

—No lo sé.

Jupp la agarró violentamente del pelo.

—¿Qué no lo sabes...?

—¡No me tire del cabello! Me hace mucho daño.

—¡Responde, arpía!

—Sí, es agente secreto.

—Y tú también, ¿verdad?

—No, yo soy periodista.

Jupp volvió a tirarle del pelo.

—¡Mientes!

—No, es la verdad. ¡Lo juro!

—Yo te haré cantar, perra, pero más tarde. ¡Ahora vamos a entrar en la casa!

—Prefiero quedarme aquí, si no le importa.

—¡Arriba!

—¡Ay...! Me va a dejar calva, pedazo de bruto.

—Te haré muchas más cosas. ¡Vamos, camina! —ordenó, empujándola.

Vanessa estuvo a punto de perder el equilibrio, a causa del empujón, pero se apoyó en el morro del coche y no llegó a caer. Cuando rodearon el vehículo, Jupp descubrió a Bernd.

—¡Espera! —ordenó.

Vanessa se detuvo.

Jupp se arrodilló junto a su compañero y trató de reanimarle.

—¡Despierta, Bernd!

Vanessa se dijo que ahora tenía la oportunidad de abrir su bolso con disimulo y extraer la pistola que guardara en él, pues Jupp le prestaba más atención a su compañero que a ella.

Lo intentó.

Desgraciadamente, Bernd volvió en sí antes de que Vanessa pudiera abrir el bolso y se puso en pie, ayudado por Jupp, quien volvió a vigilar a la periodista, que tuvo que desistir de extraer la pistola.

Bernd se dio cuenta de que iba desarmado.

—Me han birlado la pistola, Jupp.

—Debió arrebatártela el tipo.

—No importa. Tomaré una de las metralletas que tenemos ocultas en el porche.

—Y yo la otra. Vamos, Bernd.

Jupp empujó de nuevo a Vanessa, con brusquedad.

Ya en el porche, Jupp y Bernd empuñaron sendas metralletas.

Y, justo en ese momento, sonaron nuevos disparos.

Los que Steve Kerriman efectuara sobre Hans.

CAPÍTULO XIII

Jupp y Bernd intercambiaron una mirada.

—¡Debe de ser el tipo! —exclamó el primero.

—¡Corramos, Jupp!

—La chica nos servirá de escudo. ¡Vamos, muévete, morena!

Vanessa Dalton se vio obligada a entrar en la casa. Tras ella, penetraron Jupp y Bernd, con las metralletas prestas.

—¡Por ahí! —indicó Jupp, empujando a la periodista hacia el salón.

Vanessa estaba más asustada que nunca.

No sabía si Steve Kerriman seguía con vida o había sido abatido por los hombres de Jürgen Weiland. En cualquier caso, ella había sido atrapada y ahora servía de escudo a Jupp y Bernd, lo que resultaba altamente peligroso.

Si había nuevos tiros, seguramente sería la primera en caer.

¿Por qué se había arriesgado tanto...?

No lo sabía, pero poco importaba ya, puesto que era demasiado tarde para arrepentirse. La realidad era que su vida pendía de un hilo. De un hilo que estaba a punto de romperse.

Se hallaban ya muy cerca del salón.

Vanessa fue obligada a entrar en él de un nuevo empujón, lo que le sirvió de excusa para echarse de bruces al suelo. Era lo único que podía hacer, para no ser alcanzada por las balas que pudieran ser disparadas.

Su acción le salvó la vida, porque las metralletas de Jupp y Bernd se pusieron a ladrar inmediatamente. Habían descubierto a Steve Kerriman y querían llenarle el cuerpo de agujeros.

Por fortuna el agente secreto poseía unos reflejos envidiables y se arrojó al suelo para eludir los proyectiles enemigos. Desde allí respondió al ataque de Jupp y Bernd, pero no con su Luger, que volvía a descansar en la funda axilar, sino con la metralleta que

recogiera del suelo minutos antes.

Arthur Johnson y su doncella se dejaron caer asimismo, asustados. Jürgen Weiland y Mónica no tuvieron necesidad de hacerlo, ya que seguían en él, masticando los últimos pedazos de puro.

Las ráfagas de Kerriman, mucho más certeras, destrozaron materialmente a Jupp y Bernd. Los tipos soltaron sus metralletas y se desmoronaron, con más agujeros en su cuerpo que un queso de buena calidad.

Jürgen había pensado recurrir a su arma, pero, como la vez anterior, desistió al ver lo eficaz que se mostraba el agente secreto norteamericano.

Kerriman era un verdadero diablo.

Lo había demostrado una vez más.

Vanessa Dalton levantó la cabeza y miró a Steve Kerriman.

—¿Estás bien, Steve...?

El agente se irguió lentamente, sin perder de vista a Jürgen Weiland y Mónica.

—Sí, Vanessa —respondió—. ¿Y tú...?

—Creo que no me alcanzó ninguna bala. Y ya es suerte, porque se han disparado un montón.

—Si me hubieras hecho caso...

—La próxima vez te lo haré, lo prometo —aseguró la periodista, poniéndose en pie. Kerriman desvió la mirada hacia el pianista y su doncella.

—Se encuentran bien, ¿verdad?

—Sí, estamos perfectamente —asintió Arthur Johnson, incorporándose y ayudando a Ángela a levantarse también.

Jürgen estaba observando a Vanessa.

—¿Quién es ella? —preguntó.

—Una periodista entrometida y testaruda, aunque muy valerosa, tengo que reconocerlo —contestó el agente secreto.

Vanessa sonrió.

—Muchas gracias.

—Nos cruzamos con ella cuando regresábamos a Santa Mónica —susurró Mónica al oído de Jürgen—. Conducía un descapotable rojo.

—Vaya —rezonga Weiland.

—Recoja la partitura de *El cisne negro*, señor Johnson —indicó Kerriman—. Nos vamos.

El pianista se apresuró a recobrarla.

—¿Es cierto que encierra una clave secreta, señor Kerriman? —interrogó.

—Sí.

—¿Y por qué no me dijo nada Klaus Bodendorf?

—No podía, señor Johnson. Su teléfono está intervenido y todas sus conversaciones son escuchadas.

—Entiendo.

—No se preocupe usted por Bodendorf, señor Johnson. Está a salvo.

—¿Qué...?

—Logramos pasarle a la Alemania Federal ayer noche. Ya debe de estar volando hacia nuestro país.

—¡Eso es magnífico! —exclamó Arthur, lleno de júbilo—. Podrá asistir a mi próximo concierto. Al estreno de *El cisne negro*.

—Efectivamente.

—¡Dios mío, qué alegría!

Kerriman miró a Jürgen Weiland.

—Usted no se alegra tanto, ¿verdad, Weiland?

—Váyase al infierno, Kerriman —masculló Jürgen.

—Allí se han ido todos sus hombres. Y usted no tardará en reunirse con ellos.

Jürgen no pudo evitar un estremecimiento.

—Piensa matarme, ¿eh?

—No puedo dejarle con vida. Es el responsable de la muerte de mis tres compañeros.

—¿Y qué hará con Mónica? ¿La liquidará también...?

Kerriman no respondió.

La rubia pensó que el silencio del agente secreto era hartamente significativo y se llenó de terror.

—¡Yo no hice nada! ¡Me limité a conducir el coche! —gritó.

—¿Seguro?

—¡Lo juro!

Arthur Johnson intervino:

—Miente, señor Kerriman. Le oí decir que distrajo con sus encantos a la pareja de agentes que vigilaban mi casa, para que sus

compañeros pudieran eliminarlos con facilidad.

—Algo así me imaginaba —dijo el agente.

La rubia palideció intensamente.

—Me lo ordenaron. ¡Y no podía negarme!

—¿De veras?

—¡Tiene que creerme!

—Pues no, no te creo.

Mónika se irguió y se acercó al agente, con las manos entrelazadas y apoyadas contra el pecho.

—Se lo suplico, Kerriman. No me mate.

—Dame una razón para perdonarte la vida.

—Soy una mujer.

—Eso salta a la vista. Pero eres una mujer mala, Mónika. Muy mala.

—Estoy arrepentida de todo el mal que he hecho. Que me han obligado a hacer, mejor dicho.

—Pobre Mónika.

—¿Quiere que se lo pida de rodillas? —preguntó la rubia, haciendo ademán de postrarse a los pies del agente secreto.

Pero no llegó a hacerlo.

Era sólo una treta para desarmar a Kerriman, propinándole un golpe a la metralleta.

¡Y lo consiguió!

La metralleta escapó de las manos del agente y cayó al suelo.

—¡Ahora, Jürgen! —gritó Mónika, apartándose de un salto.

Weiland extrajo velozmente su pistola, dispuesto a no desperdiciar la ocasión de acabar con el agente norteamericano y recuperar el dominio de la situación.

Vanessa creyó que Steve Kerriman estaba perdido y se dio también mucha prisa en sacar la pistola que llevaba en el bolso, pero el agente supo reaccionar con celeridad y empuñó su Luger al mismo tiempo que Weiland su arma.

Pareció que disparaban los dos a la vez, pero Kerriman accionó el gatillo con unas décimas de segundo de anticipación y la bala se alojó en el pecho de Weiland, lo que hizo que el disparo de éste saliera desviado.

Y ello resultó fatal para Mónika, pues el proyectil se incrustó en su frente y le destrozó el cerebro, causándole una muerte

instantánea.

La rubia se desplomó sin decir ni pío, pese a ser una buena pájara.

Jürgen Weiland también se derrumbó, tan cadáver como ella, porque la bala de Steve Kerriman le había reventado el músculo cardíaco.

Vanessa se había quedado muy quieta, con la pistola automática en las manos, sin haber llegado a hacer uso de ella.

Kerriman la miró.

—¿De dónde has sacado tú eso?

—Del bolso.

—¿Y desde cuándo una periodista...?

—¿No es mí? Se la arrebaté a uno de los tipos.

—Eso ya es otra cosa —sonrió el agente—. Bien, señor Johnson, larguémonos de aquí. Hay demasiados muertos.

Salieron los cuatro de la casa, subieron al descapotable, y se alejaron tranquilamente. Arthur Johnson y su doncella iban en el asiento de atrás. Y, como el pianista llevaba la partitura de El cisne negro en las manos, Kerriman volvió un instante la cabeza y dijo:

—Cuidado no se le vuele, señor Johnson. Ha costado mucho de recuperar.

Arthur, Ángela y Vanessa rompieron a reír.

EPÍLOGO

Aquella misma tarde Klaus Bodendorf llegaba a Los Ángeles, escoltado por dos agentes del Servicio Secreto norteamericano. En el aeropuerto, le esperaban otros dos agentes.

El compositor alemán fue llevado a la casa de Arthur Johnson, en la que permanecían Steve Kerriman y Vanessa Dalton. El encuentro de Klaus Bodendorf y el pianista estadounidense fue altamente emotivo; se fundieron los dos en un largo y apretado abrazo, que les hizo saltar las lágrimas a ambos.

Estaban tan emocionados que no podían ni hablar.

Vanessa también se emocionó y sus preciosos ojos verdes se empañaron de lágrimas. Steve la tomó del brazo.

—Déjemoslos solos, Vanessa. Tendrán muchas cosas que decirse.

—Cuando puedan hablar, porque ahora...

El agente sonrió y la sacó del salón.

La periodista extrajo un pañuelo de su bolso y se lo pasó por los ojos.

—Lo siento, pero me he contagiado de su emoción.

—Yo también, aunque se me note menos que a ti —confesó Kerriman.

—Arthur Johnson se siente muy feliz. Y Klaus Bodendorf, también.

—¿Te sientes tú feliz, Vanessa?

—Mucho.

—¿A pesar de no poder publicar nada de lo ocurrido...?

—No importa. Arthur Johnson me concederá una amplia entrevista, y me prometió que Klaus Bodendorf me concederá otra. Me conformo con eso.

—¿Sabes lo que me haría feliz a mí, Vanessa?

—No.

—Pasar la noche contigo.

—¿Solamente una...?

—¿Te gustaría que fueran más?

—¿A ti no?

—Por supuesto que sí, aunque corro el riesgo de enamorarme de ti.

—De eso estoy fuera yo.

—¿Por qué?

—Ya estoy enamorada de ti, Steve —confesó la periodista, cercándole el cuello con sus brazos y besándole en los labios.

Kerriman la estrechó con fuerza y le devolvió el beso, demostrándole que él sentía ya lo mismo por ella.

FIN



8 410018 014661

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

